



ERIN HUNTER

Traducción no-oficial hecha por xK1rarax. Correcciones por Milly Mendoza.

Edición de portada por Isis Arr.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

Capítulo 1

El trueno estalló, más fuerte que cualquier cosa que Carrasca hubiera escuchado antes. Hubo una onda en lo alto y un extraño crujido. *¡El cielo se está cayendo!* Y luego estuvo a su alrededor, más fuerte y más duro de lo que Carrasca esperaba, tirándola al suelo y aplastándole los huesos. *¡No puedo respirar!* Luchó frenéticamente, sintiendo que sus garras se rasgaban, pero el cielo estaba demasiado pesado, demasiado frío, y dejó que la interminable oscuridad se la llevara.

Carrasca estaba de pie al borde de un acantilado. Detrás de ella, la hondonada bostezaba como una boca hambrienta. Las llamas, silbantes y anaranjadas, llenaron el aire de humo y ceniza amarga.

Los compañeros de camada de Carrasca, Leonado y Glayo, se agacharon junto a ella; podía sentirlos temblar contra su pelaje. Frente a ellos, Cenizo estaba al final de una rama que los conduciría a través del fuego. Esquiruela estaba junto a él, la furia ardía en sus ojos. Carrasca miró fijamente a su madre, esperando que apartara a Cenizo del camino.

“Ya basta, Cenizo.” siseó Esquiruela. “Es conmigo con quien tienes una cuenta pendiente. Estos jóvenes no han hecho nada para herirte. Haz lo que quieras conmigo, pero a ellos déjalos salir de ahí".

Cenizo la miró sorprendido. "No lo comprendes, Esquiruela. Ésta es la única forma de lograr que sientas el mismo dolor que me provocaste. Me destrozaste el corazón cuando escogiste a Zarzoso en vez de a mí. Nada de lo que yo pudiera hacerte ahora podría provocarte un dolor semejante. Pero tus hijos... Si los ves morir, entonces sí que experimentarás el dolor que yo sentí.".

Esquiruela lo miró a los ojos. “Mátalos, entonces. No me harás ningún daño." Se alejó un paso de él y luego miró por encima del hombro. “Si de verdad quieres hacerme daño, Cenizo, tendrás que encontrar algo mejor que eso. Ellos no son hijos míos".

El suelo se tambaleó bajo las patas de Carrasca. *¿Esquiruela no es mi madre?* Carrasca no tenía Clan, no tenía código. Podría ser una proscrita, incluso una minina doméstica. No había forma de que Carrasca permitiera que Cenizo les contara a los cuatro Clanes sobre la confesión de Esquiruela. ¡Ella y sus compañeros de camada serían echados! Todo lo que habían hecho hasta ahora, toda su lealtad al código guerrero, no contaba para nada.

El silencio fue ensordecedor, presionando con más fuerza los oídos de Carrasca que las piedras que la inmovilizaron contra el frío suelo. El polvo le llenó la boca y la nariz, y el dolor atravesó una de sus patas. *¡Me han enterrado viva!* Carrasca se agitó y se sacudió contra el peso de las

rocas. Su cabeza se soltó con una lluvia de pequeñas piedras. No había un rayo de luz en la boca del túnel. Estaba atrapada en la oscuridad.

"¡Ayuda! ¡Ayúdenme! ¡Estoy atascada!"

Ella paró. ¿A quién estaba llamando? Ahora no tenía compañeros de clan. Había dejado esa vida atrás, al otro lado de las rocas, tan lejos como la luna. Sus hermanos y Hojarasca Acuática sabían que había matado a Cenizo. Y ahora Glayo y Leonado probablemente pensaban que ella había muerto en el desprendimiento de rocas. *Quizás sea mejor así. Al menos no vendrán a buscarme.* Carrasca volvió a cerrar los ojos.

Carrasca había seguido a Cenizo hasta la frontera del Clan del Viento. Ella lo había acechado como si fuera una presa, pisando suavemente, con las garras enfundadas para evitar que se enredaran en las zarzas o arañaran la piedra. Cuando llegó a la orilla del arroyo, con el agua espumosa muy abajo, Carrasca saltó sobre él, giró su cabeza hacia un lado, hundió los dientes en su pelaje y piel, diciéndose una y otra vez: *¡Ésta es la única manera!* Cenizo cayó sobre su vientre y Carrasca saltó hacia atrás mientras rodaba hacia el arroyo. Se lavó la sangre de las patas, dejando que el agua fría le enfriará las patas, los flancos, hasta el corazón. *¡Lo hice por mi Clan!*

Carrasca apartó las imágenes de su mente con un escalofrío. Respiró hondo, soltó las patas delanteras y apartó las piedras que le apretaban el pecho. Luego extendió la zarpa lo más lejos que pudo y comenzó a levantarse. Ella siseó cuando una de sus patas traseras se movió. Fue tan dolorosa que sintió como si su pata estuviera rota. Carrasca se imaginó la guarida del curandero surtida, con consuelda para reparar el hueso y semillas de amapola para ayudarla a dormir a pesar de las peores molestias.

Está tan lejos como la luna, se recordó a sí misma. Apretando los dientes, arrastró el resto de su cuerpo fuera de las piedras. Su pata herida rebotó agonizante en el suelo.

"¡Gran Clan Estelar, me duele!" Carrasca gruñó. Hablar en voz alta pareció ayudar, así que continuó.

"He estado aquí antes. Sé que hay otras salidas. Sólo necesito seguir este túnel hasta encontrar una fuente de luz. Vamos, una pata delante de la otra". A pesar de su miedo, a pesar del dolor en su pata, los recuerdos seguían fluyendo hacia atrás..."

"Soy tu madre, Carrasca", había susurrado Hojarasca Acuática.

Carrasca negó con la cabeza. Eso era imposible. ¿Cómo podía ser hija de una curandera, cuando a los curanderos se les prohibía tener cachorros? Peor que ser proscrita o minina doméstica, su propio nacimiento había roto el código de los Clanes.

Carrasca desenvainó sus garras para darle un mejor agarre a la piedra. Para su consternación, varias de ellas ya se habían roto en su lucha por salir, y las puntas de sus almohadillas se

sentían húmedas y pegajosas. Olió la sangre y se imaginó el rastro que estaba dejando mientras se arrastraba por el túnel. Si Leonado y Glayo cavaban a través del desprendimiento de rocas, sabrían que había sobrevivido y seguirían el rastro para encontrarla.

De repente, sus patas delanteras chocaron contra la piedra. Gritó de dolor y se giró hacia un lado para seguir la curva de la pared. Estaba tan oscuro que ni siquiera podía decir si tenía los ojos abiertos. Si pudiera encontrar algo de luz… Si pudiera…

Glayo hubiera descubierto quién era su padre. "Es Corvino Plumoso".

Carrasca lo miró con incredulidad. "Pero... ¡Corvino Plumoso es del Clan del Viento! ¡Soy una gata del Clan del Trueno! "

"Fauces Amarillas vino a mí en un sueño", insistió Glayo. "Ella me dijo que era hora de que supiéramos la verdad".

Para Carrasca, no quedaba nada. *¿Medio Clan?*

Se paró en la boca del túnel y sintió el aroma de la piedra alisar su pelo erizado. Ella podría desaparecer ahí abajo y emerger en algún lugar lejos de los Clanes. Podría comenzar una nueva vida, lejos de todas estas mentiras y promesas incumplidas.

Carrasca se volvió y corrió hacia el túnel. Escuchó a Glayo llamándola, y luego llegó el trueno, el cielo se hundió y ella fue tragada por la mareante oscuridad.

Carrasca siguió adelante. *Respira, raspa, arrastra.* Una y otra vez. Anhelaba detenerse, dormir, esperar a que un guerrero del Clan Estelar viniera por ella. ¿Pero el Clan Estelar siquiera sabía que estaba ahí? Su nacimiento había roto el código guerrero. Había matado a otro gato. Y había renunciado a su lugar en el Clan del Trueno.

Ningún antepasado la estaría cuidando. ¿Habían estado observando cuando Carrasca reveló todos los secretos de su Clan en la Asamblea?

"¡Esperen!" Carrasca dio un salto. "Hay algo que tengo que decir que todos los clanes deberían escuchar". Había demasiadas mentiras, demasiado daño hecho al código guerrero, para que ella se mantuviera callada por más tiempo.

El claro estaba tan silencioso que Carrasca pudo oír un ratón corriendo entre las hojas muertas bajo el Gran Roble. "Creen que me conocen", comenzó. “Y a mis hermanos, Leonado y Glayo del Clan del Trueno. ¡Creen que nos conocen, pero todo lo que les han contado sobre nosotros es mentira! No somos los hijos de Zarzoso y Esquiruela".

"¿Qué?" Zarzoso se incorporó desde donde estaba sentado con los otros lugartenientes entre las raíces del Gran Roble. "Esquiruela, ¿Por qué está diciendo tantas tonterías?"

"Lo siento, Zarzoso, pero es verdad. No soy su madre y tú no eres su padre".

El lugarteniente del Clan la miró fijamente. "Entonces, ¿Quién es?"

Esquiruela volvió su triste mirada verde hacia la gata que siempre había considerado su hija. “Diles, Carrasca. Guardé el secreto por temporadas; No voy a revelarlo ahora".

"¡Cobarde!" Carrasca la miró. Su mirada recorrió el claro, viendo los ojos de todos y cada uno de los gatos que la miraban. “¡No le tengo miedo a la verdad! Hojarasca Acuática es nuestra madre, y Corvino Plumoso, sí, Corvino Plumoso del Clan del Viento, es nuestro padre".

Maullidos de sorpresa recibieron sus palabras, pero Carrasca gritó sobre ellos. “Estos gatos estaban tan avergonzados de nosotros que nos delataron y mintieron a cada uno de ustedes para ocultar el hecho de que habían roto el código guerrero. Todo es culpa suya". Giró la cola para señalar a Hojarasca Acuática. "¿Cómo pueden sobrevivir los clanes cuando hay cobardes y mentirosos muy en el corazón de ellos?"

Sus palabras parecían resonar en las paredes del túnel. Carrasca deseaba poder volver al comienzo de la Asamblea, recuperar la terrible verdad que había contado, evitar a sus compañeros de clan el dolor y la conmoción que había visto en sus rostros. *¿Qué he hecho?*

La oscuridad constante hacía que le dolieran los ojos. Había estado buscando un rayo de luz durante tanto tiempo que se imaginó que había aparecido más adelante. La línea más tenue de algo más pálido que el negro, como el primer indicio de un amanecer lechoso sobre los árboles. Carrasca parpadeó y negó con la cabeza, tratando de aclarar su visión. Pero la raya gris todavía estaba allí. *¿Quizás era luz?*

Cojeó más rápido, ignorando el ardor en su pata trasera. La luz se hizo más fuerte. Se estaba filtrando por un hueco en la pared: otro túnel más pequeño salía. Carrasca se arrastró por la esquina. ¿Era su imaginación o podía ver las paredes de una cueva abriéndose más adelante? En su emoción, trató de ponerse de pie. Su pata trasera se dobló debajo de ella y las estrellas aparecieron en su cabeza. Lo último que vio fue el suelo de piedra acercándose a su rostro.

Capítulo 2

¡Hojarasca Acuática! Hojarasca Acuática, ¡Tengo sed! Carrasca estaba ardiendo. Sentía la garganta reseca y la lengua pegada al paladar. Debía estar en la guarida del curandero con fiebre. ¿Dónde estaba el musgo empapado qué Hojarasca Acuática siempre dejaba cerca de sus pacientes? Giró la cabeza y su hocico chocó con algo suave, húmedo y con olor fresco. Carrasca chupó los zarcillos de musgo, tratando de no hacer una mueca mientras tragaba la preciada agua. Nunca nada había sabido mejor.

De repente se dio cuenta de que no estaba sola. Había un gato inclinado sobre ella, empujando algo debajo de su pata herida. Carrasca siseó de dolor y el gato se disculpó en voz baja. "Son sólo algunas plumas, para que te sientas más cómoda. Acuéstate quieta ahora".

Carrasca se puso rígida. No reconoció la voz ni el olor de ese gato. "¿Quién eres tú? ¿Dónde estoy?" Ella comenzó a agitar sus patas delanteras. "¡Déjame ir!"

Se colocó una pata pequeña y fría sobre su hombro, empujándola suavemente hacia abajo. Le acercaron hojas de olor fuerte al hocico. "Shh, está bien. Estás a salvo. Cómete estas y luego vuelve a dormirte".

Carrasca permitió que la empujaran hacia el suelo. Tragó las hierbas, era consuelda, por su olor, y dos diminutas semillas de amapola. Las plumas se sentían suaves y cálidas contra su pata herida. Con un pequeño suspiro, Carrasca cerró los ojos y el sueño la arrastró una vez más.

Cuando volvió a despertar, su cabeza se sentía más despejada y el dolor en su pata se había convertido en una persistente molestia.

Carrasca se quedó quieta por un momento, dejando que sus ojos se adaptaran a la casi oscuridad. Ese definitivamente no era la guarida del curandero del Clan del Trueno. Estaba acostada sobre una fina cama de plumas sobre piedra fría. *¡Todavía estoy en los túneles!* Carrasca sintió una sacudida de alivio, luego alarma. ¿Quién estaba ahí con ella? Carrasca trató de recordar el olor del gato que le había dicho que se volviera a dormir, pero su estómago retumbó y de repente lo único en lo que pudo pensar fue en lo hambrienta que estaba. ¿Cuándo había comido por última vez? Trató de ponerse de pie, pero su pata trasera se dobló y se dejó caer de lado, frustrada.

"¡Estás despierta!" Un rostro surgió de las sombras. "¿Cómo está tu pata?"

Carrasca abrió mucho los ojos hasta que pudo distinguir las manchas blancas y rojas en el pelaje del gato. Olía a piedra, agua y musgo. "¿Quién eres tú?" preguntó, con su voz ronca por la falta de uso.

El gato la ignoró. En cambio, empujó algo hacia ella con una pata. “Debes estar hambrienta. Toma, come".

¡Carne fresca! Carrasca inclinó la cabeza, lista para sumergirse, luego se echó hacia atrás. Un pececillo pequeño y viscoso yacía frente a ella. "No me gusta el pescado", maulló.

El gato movió las orejas. "Aquí abajo, no siempre tienes una opción". Su tono era suave, pero Carrasca se sintió avergonzada. Su vientre dejó escapar un fuerte gruñido como si fuera feliz con cualquier cosa, incluso con carroña. Conteniendo la respiración, Carrasca mordió el pescado. *Es un ratón regordete y sabroso*, se dijo a sí misma.

Ardilla con aroma a pino. La primera paloma de la hoja nueva.

Tragó el último bocado y bebió del musgo a su lado. El gato rojizo y blanco la miró expectante. "Gracias", maulló Carrasca. "Yo... supongo que no sabía tan mal".

El gato todavía la estaba estudiando. "Eres Carrasquera, ¿No?"

Ella parpadeó. “Carrasca, en realidad. ¿Cómo lo supiste? Nunca te había visto antes, ¿Verdad?”

El gato negó con la cabeza y sus ojos se nublaron. "No, nunca me has visto. Pero te vi con tus compañeros de camada cuando viniste a rescatar esas cachorras, justo antes de que el río se inundara".

Carrasca lo miró fijamente. Nunca olvidaría la búsqueda desesperada de las cachorras pérdidas del Clan del Viento con Glayo y Leonado. Habían sido arrastrados fuera de los túneles y dentro del lago cuando el río subterráneo se desbordó. Había sido un escape afortunado para todos ellos. ¡Ahora este gato le estaba diciendo que había estado aquí!

"¿Quién eres tú?" ella maulló.

El gato rojizo y blanco se ocupó de las plumas debajo de su pata lesionada, reorganizándolas para que estuvieran esparcidas uniformemente. "Mi nombre es Hojas Caídas", maulló en voz baja.

"No eres de los Clanes, ¿Verdad?" Presionó Carrasca. "¿Dónde vives?"

Hojas Caídas se acercó a un pequeño paquete de hierbas y comenzó a dividirlas. "Una vez viví en las colinas sobre el lago, pero esta es mi casa ahora". Se volvió, empujando algunas hierbas hacia Carrasca. “Come esta consuelda; ayudará a tu pata. No te daré más semillas de amapola a menos que tengas problemas para dormir".

Carrasca masticaba obedientemente las fragantes hojas. "¿Eras un curandero?" ella preguntó.

Hojas Caídas inclinó la cabeza hacia un lado. "No sé qué es eso. Todos aprendimos sobre hierbas y lesiones para poder ayudarnos unos a otros. ¿Es eso lo que quieres decir?"

"Más o menos." Carrasca se incorporó sobre sus patas delanteras, sintiendo que su corazón latía más rápido. “¿Quiénes eran los otros gatos? ¿Eras parte de un clan? ¿Había otro grupo de gatos viviendo cerca de aquí, uno de los cuales los clanes no sabían?”

"No más preguntas", ordenó Hojas Caídas. "Necesitas descansar. No te has roto la pata, sólo te la has torcido. Te arreglaré lo suficientemente pronto, y luego supongo que querrás volver con tus amigos".

"¡No!" Carrasca gritó. "¡No puedo volver! ¡Jamás!"

Hojas Caídas simplemente se encogió de hombros. "Eso depende de ti. Acuéstate y deja de retorcerte. Te traeré algo para comer más tarde". Recogió los restos de espinas de pescado y se alejó.

Carrasca lo miró fijamente hasta que las sombras se lo tragaron. Las paredes del túnel parecían más pálidas, como si se filtrara más luz. Cuando había estado hablando, había escuchado su voz resonando desde muy lejos, lo que sugería que su primera impresión había sido acertada y que yacía a la entrada de una cueva. No podía oír nada de agua, por lo que no era la cueva con el río. Carrasca apoyó la barbilla en sus patas y cerró los ojos. Estaba perdida y herida, pero de alguna manera un gato la había encontrado y la había mantenido con vida con comida, agua y hierbas para su pata. *¿Lo había enviado el Clan Estelar?* ¿O simplemente tuvo mucha, mucha suerte? De cualquier manera, pensó que estaba a salvo, al menos por ahora.

Se despertó de un sueño y encontró otro pececito a su lado, así como musgo recién remojado y algo más de consuelda. Era más difícil ver las paredes de la cueva, lo que significaba que debía haberse oscurecido más afuera. *¿Era de noche?* Carrasca se preguntó cuántos días había estado allí. Había sido luna llena cuando ella... se fue. Quizás Hojas Caídas podría decirle qué luna era ahora. Después de comer su pescado y enmascarar el sabor con la consuelda, Carrasca trató de mantenerse despierta, esperando que Hojas Caídas regresara. La cueva se oscureció hasta que no pudo ver nada. Carrasca dejó de esperar a su extraño compañero. Volvería por la mañana, estaba segura.

Esta vez estaba despierta y medio sentada para lavarse el pecho cuando llegó Hojas Caídas. Llevaba algo más voluminoso y de aspecto más esponjoso que un pez. Carrasca hizo una pausa entre lamidas. "¡Oye! ¡Atrapaste un ratón!"

Hojas Caídas depositó la carne fresca en sus patas. Parecía sonrojado de triunfo. "Lo escuché arrastrarse por uno de los túneles", explicó. "Esperaba que te gustara".

"¡Me gusta!" Carrasca maulló. "¡Gracias!" Se inclinó hacia delante para tomar un bocado y luego miró hacia arriba. "Hay mucho aquí. ¿Quieres un poco?”

Hojas Caídas negó con la cabeza. "No, es todo tuyo". Mientras Carrasca seguía comiendo, él le dio un suave golpe en la pata lesionada. "¿Se está mejorando, no crees?"

Carrasca asintió con la boca llena. "Definitivamente", murmuró. "Puedo doblarla ahora, y no duele tanto cuando me muevo".

"Puedes intentar caminar sobre ella cuando hayas terminado de comer", decidió Hojas Caídas. "No muy lejos, pero debes comenzar a ejercitarla antes de que los músculos se consuman".

Carrasca movió las orejas con sorpresa. Hojas Caídas sonaba como un curandero. *¡Debe haber venido de un Clan!* O algo muy parecido a un Clan, como la Tribu de las Aguas Rápidas.

Ella tragó y maulló: “¿Eres un gato de la tribu? ¿Bienes de las montañas?”

Hojas Caídas la miró sin comprender. "Esta es mi casa ahora", respondió. "No hay ningún otro lugar".

Carrasca se estremeció como si una garra fría le hubiera recorrido la espalda. Había algo en la voz de Hojas Caídas que la hacía sentirse más sola y desesperada de lo que podía imaginar. Se enderezó y apartó los restos de orejas y cola de ratón.

"¿Dónde debo caminar?" ella preguntó.

"No te emociones demasiado", advirtió Hojas Caídas. "Sólo unos pocos pasos hoy, eso es todo".

Carrasca usó sus patas delanteras para incorporarse. Una punzada de dolor recorrió su pata herida, pero respiró hondo y mantuvo la pata en el suelo. Vacilante, dio un paso adelante. Su pata trasera aguantaba, aunque se sentía débil y no del todo conectada al resto de ella. Carrasca cojeó hacia el lugar donde la luz se hacía más intensa. Las paredes del túnel se abrían a ambos lados en una pequeña cueva, de unos seis zorros de ancho. Un pequeño agujero en el techo resplandecía de luz, tan brillante que Carrasca tuvo que entornar los ojos para mirarlo.

"El sol brilla hoy", comentó Hojas Caídas mientras se acercaba a su hombro.

Carrasca se giró hacia él. “¿Alguna vez sales afuera? ¿Cómo puedes vivir aquí todo el tiempo?"

Hojas Caídas miró hacia otro lado. “Esta es mi casa”, repitió. "Ahora, ¿Puedes regresar a tu lecho?"

Carrasca comenzó a caminar de regreso por el túnel, frustrada por no haber ido más lejos. Pero cuando llegó al montón de plumas abolladas, le dolía mucho la pata y se hundió aliviada.

"Puedes intentarlo de nuevo mañana", maulló Hojas Caídas como si pudiera decir que ella estaba sufriendo. "Descansa ahora."

Se volvió para irse, pero Carrasca extendió una pata. "¡Espera! Estoy aburrida de estar sola. ¿No puedes quedarte y hablar conmigo?"

Hojas Caídas la miró con sombríos ojos azules. "Descansa", maulló. “De esa manera tu pierna se curará más rápido. Te veré de nuevo más tarde".

Se alejó y Carrasca se desplomó sobre las plumas. Deseó que su pata mejorará pronto. Quería escapar del Clan del Trueno, pero una vida en la oscuridad, dependiendo de otro gato para comer y beber, no era lo que había imaginado.

Capítulo 3

El delgado rayo de sol se sintió cálido sobre su pelaje mientras Carrasca cruzaba la cueva y regresaba sobre sus cuatro patas. "¿Ves?" desafió a Hojas Caídas, que estaba sentado en la entrada. "¡Como nueva!"

Se sentía como si hubieran pasado temporadas enteras antes de que Carrasca pudiera caminar todo el camino a través de la cueva sin cojear, pero Hojas Caídas le aseguró que la luna aún no estaba llena. Él había insistido en que se quedara dentro de la cueva para hacer ejercicio, caminando en círculos hasta que se sintió mareada. Todavía la dejaba sola durante la mayor parte del día y toda la noche, pero Carrasca no quería empezar a vagar por las cuevas sin él. Había tenido suerte una vez; no podía confiar en que Hojas Caídas la encontrara de nuevo.

Hojas Caídas se acercó y olió su pata. "Si estás diciendo la verdad acerca de no sentir dolor, entonces debe haber sanado".

"¡Por supuesto que estoy diciendo la verdad!" Carrasca protestó. ¿Cómo se atrevía a sugerir que estaba mintiendo? La verdad era lo único que importaba, siempre. *Pero no me sentí así cuando le conté los secretos de mi Clan en la Asamblea.*

Carrasca apartó de su mente la imagen del rostro horrorizado de Esquiruela. "¿Podemos explorar ahora?" ella preguntó.

Hojas Caídas trazó una línea en el polvo de piedra con su pata. "Quieres decir que quieres que te muestre la salida".

"¡No!" Carrasca exclamó. “Quiero que me muestres tu casa. ¿Dónde está la cueva con el río? ¿Qué tan lejos llegan los túneles?"

El gato rojizo y blanco la miró sorprendido. "¿De verdad quieres saber? La mayoría de los gatos quieren salir directamente de aquí".

Había tal dolor en sus ojos que Carrasca sintió una oleada de simpatía. "No tengo ningún otro lugar a donde ir", maulló suavemente. "Has sido un buen amigo para mí, Hojas Caídas. ¿Por qué querría dejarte ahora?"

Hojas Caídas condujo a Carrasca por un estrecho túnel en el lado más alejado de la cueva, hacia una oscuridad tan densa que parecía lamer el pelaje de Carrasca como el agua. El suelo se sentía liso y frío bajo sus patas, y sólo se dio cuenta de las paredes a ambos lados cuando las puntas de sus bigotes rozaron contra ellas. Al principio, se sobresaltó demasiado y se lanzó contra la pared opuesta con estrépito, pero pronto aprendió a mover la cabeza un mínimo cuando le hormigueaban los bigotes.

"El túnel se abre aquí abajo", dijo Hojas Caídas por encima de su hombro. Debió haberla oído tropezar de un lado a otro.

Carrasca se dio cuenta de que podía ver el contorno de su compañero contra un tono más pálido de gris. El sonido del agua resonó por el túnel, no exactamente salpicando, sino como un suave murmullo líquido que solo podía ser el río subterráneo. Carrasca empezó a trotar, pasó junto a Hojas Caídas y entró en la enorme caverna. Estaba llena de luz oscura y para Carrasca, después de estar atrapada en la oscuridad durante tanto tiempo, le parecía tan familiar y acogedor como su guarida en la hondonada. Frente a ella estaba el río, dócil y silencioso entre sus orillas de piedra poco profundas, y estaba la cornisa en lo alto de la pared donde Leonado se había jactado de estar.

"Tu hermano y la gata jugaron allí", comentó Hojas Caídas, acercándose a ella.

Se refiere a Leonado y Cola Brecina. Carrasca sintió una punzada de incomodidad. ¿La impresión de Hojas Caídas de los clanes se basó en gatos escondidos fuera de la vista y rompiendo el código guerrero?

Para cambiar de tema, señaló con la cabeza hacia un túnel al otro lado del río. "Eso lleva al exterior, ¿No?" Era extraño pensar que una corta caminata la llevaría de regreso al corazón del Clan del Trueno.

"Solía hacerlo", maulló Hojas Caídas, "pero ahora está bloqueado por el barro. ¿Recuerdas ese túnel de allí? Ahí es donde encontraste las cachorras".

Carrasca miró la enorme boca negra, cerca de la orilla del río. Se estremeció al recordar la búsqueda desesperada de las gatas pérdidas del Clan del Viento mientras que, muy por encima de ellos, Estrella de Bigotes y Estrella de Fuego se preparaban para librar la guerra por su desaparición.

"Los túneles no dan miedo una vez que te acostumbras", le aseguró Hojas Caídas. "Te lo mostraré, pero primero debes comer".

Caminó hasta la orilla del río y se detuvo un momento, con la mirada fija en el agua negra que pasaba deslizándose. De repente, una de sus patas delanteras salió disparada y arrojó un tembloroso pez plateado a la roca. Aleteó locamente hasta que Hojas Caídas lo mató con un solo golpe.

"Aquí", maulló, empujándolo hacia Carrasca.

"Eh, ¿No quieres comer tú también?" Sugirió Carrasca, rechazando otro pescado para comer. Si hubiera nacido en el Clan del Río, ¡Habría elegido morir de hambre! Hojas Caídas negó con la cabeza. "No, este es para ti. Cométélo; entonces podremos explorar".

A regañadientes, Carrasca se tragó el pescado. Esta vez no sabía tan mal, y cuando bebió del río, el fresco y penetrante olor del agua fue refrescante. Hojas Caídas la estaba esperando en la boca del túnel más oscuro. La llamó con la cola antes de trotar hacia las sombras.

Carrasca lo siguió más lentamente, echando un último vistazo a la cueva a medio iluminar antes de rendirse a la oscuridad.

Podía oír pasos de pata adelante, sonando con confianza en la piedra. "Pronto se aclarará", le gritó Hojas Caídas. Carrasca trotó, contenta de sentir algo de calor en sus huesos.

De repente, su nariz rozó algo suave y redujo la velocidad para evitar chocar contra las caderas de Hojas Caídas. Ella olfateó, tratando de fijar su esencia, pero todo lo que podía oler era

piedra fría y húmeda. ¿Hojas Caídas había estado en los túneles durante tanto tiempo que había tomado el olor de su entorno?

Hojas Caídas aceleró y Carrasca corrió para seguirle el ritmo. Las paredes del túnel emergieron de las sombras y pudo ver la silueta del gato frente a ella. Carrasca no podía decir de dónde venía la luz y, por una vez, no miró hacia abajo instantáneamente para comprobar dónde estaba poniendo sus patas. Sabía que el suelo era liso y nivelado ahí, ningún guijarro suelto la había hecho tropezar hasta ahora y no había ninguna pendiente pronunciada.

Hojas Caídas se volvió para mirarla, con sus ojos brillando en la penumbra. "¿Está bien ir un poco más rápido?" maulló. Había una pizca de desafío en su voz.

"¡Por supuesto!" Carrasca respondió. Su pata lesionada no le dolía en lo más mínimo, y estaba lista para usar los músculos que habían estado quietos durante demasiado tiempo.

Apenas tuvo tiempo de respirar antes de que Hojas Caídas se alejara corriendo. Su pelaje rojizo y blanco fue tragado casi instantáneamente por las sombras más allá del alcance de la pálida luz. Esta vez Carrasca no lo pensó dos veces antes de seguirlo. Sus bigotes temblaron con el esfuerzo de palpar las paredes a ambos lados, y mantuvo su peso bajó sobre sus patas para poder adaptarse a los cambios en el piso del túnel. Comenzó a descender abruptamente, por lo que Carrasca se balanceó hacia atrás hasta que sus patas delanteras hicieron poco más que palpar el camino, manteniéndola en equilibrio sobre sus ancas.

Después de un tiempo, le empezó a doler la pata trasera, pero luego el túnel se aplanó y Carrasca pudo correr a toda velocidad de nuevo. Podía oír Hojas Caídas delante de ella, y estaba empezando a saber cuándo el túnel se curvaba o golpeaba una pendiente por el sonido de sus patas.

Cuando irrumpieron en una pequeña cueva que estaba llena de luz solar desde una grieta en el techo, Carrasca casi se sintió decepcionada. Los gatos se detuvieron un momento, jadeando.

"¡Eso fue divertido!" Carrasca jadeó.

"¡Lo estás haciendo realmente bien!" Hojas Caídas ronroneó con admiración.

"¡Gracias!" Carrasca miró a su alrededor. "¿Dónde estamos? Quiero decir, ¿En relación con el exterior?"

"Hemos llegado al otro lado de las colinas", explicó Hojas Caídas. "Ese túnel de allí" señaló con la cabeza hacia un espacio en la pared "conduce hacia afuera si sigues el olor de los árboles cuando llegas a la bifurcación".

Carrasca echó la cabeza hacia atrás y miró al techo. Hojas puntiagudas de piedra colgaban, rodeadas de delicadas líneas. Un goteo de agua se adhería a cada punta. No conocía el territorio sobre ellos, no si estaba más allá de los límites del Clan. Pero era extraño pensar que cuevas como esa y túneles largos y sinuosos habían estado bajo sus patas todo el tiempo.

"Deberíamos regresar", maulló Hojas Caídas. "No quieres lastimarte la pata. Vamos, vayamos por un camino diferente".

Antes de que Carrasca pudiera protestar que su pata estaba bien, corrió a un túnel lateral. "¡Espérame!" Carrasca chilló juguetonamente. Corrió hacia la oscuridad, estirando su cuello hasta que su hocico chocó contra el pelo frío. "¡Te atrapé!" bromeó.

Hojas Caídas chirrió de diversión. "¡Ya lo veremos!" Alargó el paso y se adelantó.

Carrasca dio un salto hacia adelante, pero un dedo de su pata se atascó en una piedra suelta y tropezó. Recuperó el equilibrio y se detuvo a escuchar. Las patas de Hojas Caídas sonaron débilmente en algún lugar del túnel.

Carrasca se puso en marcha, pero casi de inmediato se estrelló contra la pared porque estaba muy ocupada aguzando el oído en busca de pasos. Hizo una pausa y negó con la cabeza. *¡Atenta!* Enderezó sus bigotes con un movimiento de su pata y comenzó a trotar por el túnel. Definitivamente podía escuchar Hojas Caídas delante de ella.

Una brisa en su rostro reveló un túnel que conducía a un lado. Carrasca instintivamente giró la cabeza para mirar, pero estaba tan oscuro que no pudo ver ningún cambio en las sombras a su alrededor. Luchó contra un pulso de alarma y olfateó el espacio vacío donde comenzaba el túnel lateral. No había rastro de calor o pelo, ninguna señal de que Hojas Caídas se hubiera ido por ahí. Entonces, ¿Se había mantenido en el túnel principal?

Carrasca aguzó el oído. El silencio la envolvía, pesado como agua llenando sus oídos. Se obligó a caminar hacia adelante y saltó al escuchar el más leve sonido de pasos de patas. Se detuvo, esforzándose por escuchar. Los pasos se habían detenido. Carrasca miró sus patas, aunque no podía verlas. *¡Cerebro de ratón!* Había estado escuchando el eco de sus propios pasos. Estaba completamente sola en la oscuridad.

Un gemido subió a su garganta y tragó para contenerlo. Su pelo se puso de punta y sintió que sus patas comenzaban a temblar. ¿Quizás Hojas Caídas notaría que ella no estaba detrás de él? ¿O asumiría que ella había encontrado un camino de regreso diferente? Había estado corriendo tras él con tanta confianza. Carrasca dio un paso adelante y su cabeza golpeó contra la roca. Tambaleándose, saltó de lado y golpeó su hombro contra la pared opuesta. ¿Se había encogido el túnel? ¿Se estaban cerrando las paredes sobre ella, aplastándola lentamente hasta convertirla en nada?

"¡Carrasca!" Un susurro a su lado hizo que Carrasca casi saltara del susto. "¿Estás bien?" Preguntó Hojas Caídas, acercándose hasta que su hocico tocó sus orejas. "¿Qué pasó?"

"¡No sabía dónde estabas!" Estalló Carrasca. “Estaba tan oscuro, y pensé que podía escucharte, ¡Pero eran solo mis propios pasos! ¡Entonces golpeé las paredes y pensé que me habías perdido!"

"Nunca haré eso, lo prometo", murmuró Hojas Caídas en su oído. “Nunca te perderás aquí, porque me tienes a mí. Vamos, te llevaré de regreso".

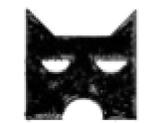
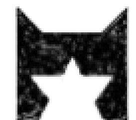
Con su cabeza cerca de la de ella, condujo a Carrasca a lo largo del túnel, ralentizando su paso mientras ella cojeaba a su lado. Salieron a la caverna, atravesaron el río y regresaron al túnel donde estaba el lecho de Carrasca. Se derrumbó sobre las plumas, sintiéndose agradecida por su calor contra su pelaje helado. Su pata palpitaba y Hojas Caídas empujó algunas semillas de amapola hacia ella.

"Cómete estas, te ayudarán a dormir", sugirió. Se giró para irse, pero Carrasca levantó la cabeza.

"¿Puedes... puedes quedarte aquí esta noche?" ella maulló. “No quiero volver a estar sola en la oscuridad. Hay espacio en mi lecho si me muevo".

Hojas Caídas vaciló, luego entró en el círculo de plumas. "Está bien, sólo por una noche", maulló. Se acurrucó junto a ella con cierta torpeza y Carrasca se retorció para darle más espacio.

Las semillas de amapola estaban funcionando y sus párpados se sentían pesados. Se estiró hasta que su espalda se presionó contra el costado de Hojas Caídas. Por un momento fue como estar de vuelta en la hondonada, compartiendo su lecho con Carbonera. Carrasca respiró profundamente y comenzó a quedarse dormida. Pero justo antes de que la límpida negrura llenará su mente, se estremeció. *¿Por qué tengo tanto frío?* No había calor proveniente del pelaje de Hojas Caídas en absoluto. ¿Vivir bajo tierra lo había helado hasta los huesos?

Capítulo 4

"¡Oye! ¡Despierta! ¡Es hora de la patrulla del amanecer!"

Carrasca se dio la vuelta y se pasó una pata por los ojos. Hojas Caídas la miraba con la cola enroscada por encima de la espalda.

"¡Vamos, babosa somnolienta!" bromeó.

Carrasca se puso en pie. Había estado soñando que estaba de vuelta en el Clan del Trueno, persiguiendo a una ardilla que se volvía más y más pequeña cuanto más se acercaba. Justo cuando extendió la zarpa para agarrarla, la ardilla se había desvanecido por completo.

Miró más allá de Hojas Caídas para ver la luz amarilla pálida que se filtraba hacia el interior del túnel. El ángulo entre el haz de luz y el techo era más estrecho hoy, lo que significaba que el sol estaba más bajo en el cielo. Carrasca inclinó la cabeza hacia un lado. Ella había estado aquí... ¿Cuántas lunas? Tres o cuatro, al menos. La estación de la caída de la hoja debía estar arrastrándose hacia el bosque exterior, volviendo los árboles dorados y escarchados. Carrasca se preguntó si haría más frío en los túneles. Pinchó su lecho con la pata. Necesitaría encontrar más plumas.

Hojas Caídas se alejaba de ella al trote. "Tomaré el túnel del páramo hoy", gritó por encima del hombro. “Y puedes comprobar el túnel del bosque.”

Se le habían ocurrido nombres para los dos túneles de salida principales que no conducían de regreso al territorio del Clan del Trueno. Nunca entraron en esos túneles; Sin decir nada en voz alta, Carrasca sabía que Hojas Caídas estaba tratando de mantenerla distraída de su antiguo hogar. Ella había elegido quedarse con él, así que eso debía ser lo que quería, ¿Verdad? Cuando ella le contó sobre la vida cotidiana en los Clanes, con las patrullas fronterizas y de caza y las ceremonias para aprendices y guerreros, él sugirió hacer lo mismo aquí.

Ahora, cada día comenzaba con una patrulla de los túneles de salida, aunque nunca encontraban nada en los senderos de piedra vacíos, seguido de pesca en el río subterráneo. Carrasca había aprendido a enganchar pececillos con la pata casi tan suavemente como Hojas Caídas, y se había acostumbrado al sabor fuerte y acuoso. Ahora podía correr a través de la oscuridad con confianza, detectando las brisas más leves en sus bigotes y captando los ecos más pequeños del agua que fluía del río para localizar dónde estaba. Cuando patrullaba un túnel de salida, sólo llegaba hasta la luz que se derramaba por la boca y se quedaba atrás como si le quemara las patas. Ahora pertenecía a las sombras, escondiéndose de la luz del día y del sonido del viento en los árboles.

Carrasca se estremeció. Tenía refugio, comida y compañía. ¿No era eso más de lo que merecía, después de lo que había hecho? Hojas Caídas era mucho menos exigente que sus antiguos compañeros de clan; la dejó comer todo el pescado que pescaron juntos, y nunca pasó tanto tiempo con ella para que se cansara de su compañía.

De hecho, a menudo la dejaba sola, especialmente por la noche. Carrasca se preguntó dónde dormía; pensó que ya había explorado todos los túneles, pero nunca había visto señales de otro lecho.

"¡Vamos!" La voz de Hojas Caídas resonó por el túnel y Carrasca echó a correr.

Ella lo alcanzó en la cueva del río y se quedaron uno al lado del otro, mirando el agua. Hoy fluía más rápido y pequeñas olas se derramaban sobre los bordes del barranco de piedra.

“Anoche llovió”, explicó Hojas Caídas.

Carrasca sintió un destello de alarma. "¿Se va a desbordar el río?"

Hojas Caídas negó con la cabeza. "Todavía no." Se acercó a una esquina y regresó haciendo rodar una gran piedra plana con el hocico. Lo empujó hasta el borde de la línea húmeda que dejaban las olas. "Usaremos esto como un marcador para ver si el río sube más".

Carrasca pasó la pata por la piedra. Se sentía suave, como un huevo. "Es una buena idea", comentó.

"Es lo que los garra-afiladas me dijeron que hiciera", maulló Hojas Caídas. "Antes de venir aquí para mi iniciación".

Carrasca lo miró con dureza. Hojas Caídas había mencionado una vez antes que se había perdido en los túneles mientras entrenaba para ser un garra-afilada, quienes parecían ser lo mismo que un guerrero del Clan.

No le diría nada más sobre su Clan o Tribu, o como se llamaran sus parientes.

"Si regresaras ahora", maulló ella suavemente, "serías uno de los garra-afiladas más grandes de la historia. Puede que te hayas perdido una vez, ¡Pero conoces estos túneles mejor que cualquier gato! Si se supone que encontrar tu camino a través de los túneles te enseña a ser fuerte, valiente e independiente, ¡Eres todas esas cosas! ¡Serías un héroe!"

Hojas Caídas la miró como si hubiera perdido la cabeza. "¿Regresar?" siseó. "¡No puedo volver! ¿No lo entiendes? ¡Es demasiado tarde!" Temblando de angustia, se dio la vuelta y corrió hacia el túnel que conducía al Clan del Viento, al que llamaban el túnel del páramo.

"¡Espera!" Carrasca llamó, corriendo tras él.

Pero se detuvo cuando llegó al borde de la cueva del río. Todo lo que tenía eran preguntas para Hojas Caídas, y no quería molestarlo más. El pensamiento destelló en su mente de que tal vez ella no sea la única que huyera de un terrible secreto.

Nunca le había contado a Hojas Caídas lo que había sucedido con Cenizo; tal vez tenía más en común con su nuevo compañero de lo que pensaba.

Se dio la vuelta y caminó de regreso a través de la cueva. La entrada al túnel del bosque estaba en el otro lado del río, y hoy tomó un salto mucho más grande para llegar al barranco. Carrasca gritó cuando sus patas traseras salpicaron el borde del agua y le rociaron el pelaje del vientre con gotas heladas. Al entrar en el túnel, echó a correr para calentarse.

Las toscas paredes grises de cada lado emergieron de la oscuridad mientras se acercaba a la entrada. El viento soplaba directamente en el túnel, llenando la boca de Carrasca con aromas de hojas secas y pasto quebradizo. Se acercó más hasta que la luz se derramó sobre sus patas. Levantó una y miró su almohadilla con sorpresa. Estaba pálida y dura por las lunas de correr sobre piedra. De repente, Carrasca anhelaba sentir la suave hierba verde bajo sus patas y ver el cielo, vasto y lleno de luz, por encima de ella. Se sintió arrastrada hacia la boca del túnel como si fuera una ramita en un río. *¡Afuera!*

La luz se hizo más fuerte y Carrasca entrecerró los ojos. No era el sol, esta luz era fría y gris, pero era más brillante que cualquier cosa que hubiera visto en mucho tiempo. La entrada al túnel era un círculo de un blanco deslumbrante, demasiado doloroso para mirarlo directamente. De repente, hubo un estruendo más allá del brillo, el sonido de las ramas crujiendo bajo las pesadas patas. Luego, una andanada de ladridos, mezclada con un chillido agudo. Carrasca hizo una mueca cuando el ruido llegó a sus oídos; estaba acostumbrada al pesado silencio de los túneles. Se encogió contra la pared, demasiado asustada para saber qué camino tomar. Hubo una explosión de pasos de garras en la entrada y una enorme forma oscura irrumpió a través de la luz. Al mismo tiempo, una ola de hedor golpeó la nariz de Carrasca. *¡Zorro!*

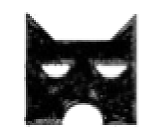
El miedo clavó sus patas en el suelo. El intruso chocó contra ella, rebotó en la pared opuesta, luego se volvió y miró por donde había venido, sin darse cuenta de que Carrasca estaba encogida en la esquina.

Se asomó una cabeza a través del círculo de luz en la boca del túnel. Una lengua larga y rosada colgaba de unas mandíbulas chorreantes y unas orejas enormes caían a ambos lados de unos ojos amarillos. El zorro dejó escapar un grito y se arrastró hacia atrás, aplastando a Carrasca contra la pared del túnel. Contuvo la respiración, mareada de terror. El perro de la entrada gruñó y dio un paso hacia ellos. Bloqueó la luz de modo que sus rasgos desaparecieron y todo lo que Carrasca pudo ver fue el tenue contorno de sus enormes hombros. El zorro se agachó, llenando la nariz de Carrasca con su pelaje suave y cosquilleante. Ansiaba estornudar pero no podía arriesgarse a que la descubrieran.

Se oyó un grito desde el exterior, una voz profunda de Dos patas, levantada con ira, y las orejas del perro se movieron. Un momento después, se echó hacia atrás y Carrasca entrecerró los ojos para ver al Dos patas sujetando el collar del perro con una zarpa rosada y gruesa. El perro gimió mientras se lo llevaban. El zorro se relajó, dándole a Carrasca el espacio suficiente para deslizarse suavemente hacia atrás. Era sólo un cachorro, no más alto que ella, y su pelaje olía a leche y tierra de su guarida.

De repente, Carrasca escuchó un susurro feroz. "¿Qué está pasando? ¿Estás bien?" Hojas Caídas estaba de pie junto a la curva del túnel. Ella corrió hacia él. Sus ojos brillaban como lunas en la penumbra.

"¡Ten cuidado!" Carrasca siseó. ¡Hay un zorro detrás de mí! ¡Corre!"

Capítulo 5

Carrasca metió la nariz debajo de la cola y trató de acallar el ruido que se filtraba por los túneles hacia su lecho. El cachorro de zorro todavía estaba en algún lugar subterráneo, gimiendo en la oscuridad. ¿Por qué no se había ido? ¿Tenía miedo de que el perro lo estuviera esperando? Carrasca olfateó y se hundió más profundamente en las plumas. El gemido agudo se abrió paso, molestándola como espinas.

Carrasca se sentó. *¡Por el amor del Clan Estelar, cállate!* No había forma de que pudiera dormir con este ruido. Saltó de su lecho y caminó por el túnel hasta la cueva del río. Estaba lleno de agua gris pálida por la luz de las estrellas. Hojas Caídas estaba sentado al borde del agua.

"¿Puedes oír al zorro?" Carrasca preguntó con irritación.

Hojas Caídas se encogió de hombros. "Encontrará la salida eventualmente".

"¡Pero me mantiene despierta!" Carrasca se quejó. *¿No es necesario para Hojas Caídas dormir también?*

El zorro dejó escapar un grito fuerte, como si pudiera oírlos hablar. Carrasca sintió una oleada de lástima. Sabía lo que se sentía estar perdido y asustado en la oscuridad. "Tal vez debería ir a buscarlo", murmuró.

Hojas Caídas la miró con sorpresa. "¡Pero es un zorro!"

"Es un bebé", respondió. "No dejarías un cachorro aquí abajo, ¿Verdad?"

"Un cachorro no intentaría comerme", señaló Hojas Caídas.

"Soy demasiado bocado para ese cachorro", le aseguró Carrasca, esperando que fuera cierto.

El zorro olía fuertemente a leche, lo que significaba que probablemente aún no estaba comiendo carne fresca. Y ciertamente no se había dado cuenta de que estaba encima de una presa cuando el perro lo persiguió hasta el interior del agujero. Sacudió su pelaje y se dirigió hacia el túnel del bosque.

"Realmente no lo vas a buscar, ¿Verdad?" Hojas Caídas sonaba asombrado.

"Sí, sí eso significa que puedo dormir un poco", maulló Carrasca. "Si no he vuelto al amanecer, ven a buscarme, ¿De acuerdo?" añadió, bromeando a medias.

"Por supuesto", respondió Hojas Caídas sombríamente.

La oscuridad se sentía aún más sólida que de costumbre, y Carrasca luchó contra el impulso de dar media vuelta y huir de regreso a la cueva del río. Los gemidos del cachorro de zorro resonaron en las paredes, confundiendo sus sentidos y desorientándola. Hizo una pausa cuando sintió el aire frío soplar en un lado de su cabeza. Había una abertura a otro túnel aquí;

¿Se había ido el cachorro por ahí? Escuchó por un momento. Hubo un pequeño ruido de raspado, como si almohadillas blandas se arrastraran contra la piedra. Si el zorro realmente hubiera bajado ahí, estaría realmente atascado, porque ese túnel en particular se hacía cada vez más estrecho hasta que terminaba abruptamente en una caída de rocas. Lo que significaba que si Carrasca seguía al cachorro, podría quedar atrapada en un callejón sin salida...

Carrasca respiró hondo y entró en el túnel. Casi de inmediato, el zorro dejó escapar un chillido como si la hubiera oído acercarse. "¡Está bien, no te voy a hacer daño!" Carrasca llamó a la oscuridad.

Se oyó un rápido sonido de arañazos y una oleada de miedo con olor a zorro rodó por el pasillo hacia ella. Carrasca se recordó a sí misma que se trataba de un joven perdido y asustado, por lo que no corría ningún peligro.

Ella se acercó más. "Shh, no tengas miedo", murmuró.

El escarbar se detuvo y Carrasca supuso que el zorro estaba presionado contra el desprendimiento de rocas sin ningún otro lugar adonde ir. Dejó escapar el más mínimo gemido. "Pobre cosita," maulló Carrasca, como si estuviera consolando a una cría. "¿Te perdiste?"

Dio otro paso hacia adelante y su hocico chocó contra un pelaje suave y de olor fuerte. Tratando de no vomitar, Carrasca le dio una lamida. El zorro se tensó, rígido como una roca, luego se relajó mientras seguía lamiendo.

Sintiéndose más audaz, Carrasca se acercó a donde supuso que estaba la cabeza del cachorro. Su nariz tocó la punta de una oreja suave como una pluma. "Está bien, estás a salvo ahora", susurró entre lamidas.

La cabeza del cachorro se inclinó hasta que se apoyó contra el pecho de Carrasca. Sintió el leve cosquilleo de sus bigotes cuando metió la barbilla debajo de las patas delanteras. Carrasca se acercó más hasta que su cuerpo estuvo acurrucado alrededor de la mayor cantidad de zorro que pudo alcanzar. Podía sentir su respiración ralentizandose y volviéndose más estable. Dejó de lamer y apoyó la cabeza en el cuello del zorro.

"Duerme, pequeño", murmuró.

Se apretó contra el pelaje frío a su lado, esperando que algo de su calidez se filtrara. Se le pasó por la cabeza que ninguno de sus antiguos compañeros de clan creería que había dormido junto a un zorro.

Pero ella ya no estaba en el Clan, y este cachorro la necesitaba, al igual que una cría necesita a su madre. Carrasca movió la cabeza a una posición más cómoda y cerró los ojos.

La despertó algo que le pellizcó la pata delantera. ¿Hojas Caídas estaba llamando su atención mordiéndola? Carrasca abrió los ojos a una tenue luz gris. Una forma se cernió sobre ella, y cuando bajó la mirada a su pata vio pequeños dientes blancos hundiéndose en su pelaje.

"¡Ouch!" gritó, luchando para liberarse.

El cachorro de zorro inclinó la cabeza hacia un lado y la miró. "¡Yip!"

Carrasca retrocedió. El cachorro era más grande de lo que recordaba, dos veces más ancho que ella en sus hombros, y sus dientes eran pequeños pero definitivamente afilados.

"Okaaay", maulló, dando otro paso hasta que estuvo a salvo fuera de su alcance. "Vamos a sacarte de estos túneles".

El zorro se puso en pie de un salto, llenando el espacio. Carrasca se preparó. No había señales de que el cachorro pensara que era una presa; de hecho, parecía como si quisiera jugar. Dejó escapar otro ladrido agudo y saltó sobre sus patas delanteras. Carrasca se volvió y miró por encima del hombro. Iba en contra de todos sus instintos tener al zorro detrás de ella, porque ahora se sentía como si la estuvieran persiguiendo. *No eres perseguida, sino seguida*, se dijo a sí misma con firmeza.

"¡Vamos!" maulló ella.

Dio unos pasos hacia adelante. El zorro corrió tras ella, luego se detuvo y gimió. Carrasca miró el túnel que tenía delante. Se desvaneció en la oscuridad, en comparación con la pálida luz que llenaba esta sección.

"Está bien", le dijo al cachorro. "Esta es la salida, lo prometo". Caminó hacia las sombras, pero el zorro se quedó donde estaba. Hubo un golpe suave y Carrasca se dio cuenta de que se había sentado. Suspirando, se volvió y se apretó a su lado. "Levántate", instó, empujando el costado del cachorro con el hocico. "¡No puedes quedarte aquí!"

Ella golpeó sus ancas con su pata y el zorro saltó con un grito. Carrasca le dio otro empujón con la nariz. "Vamos, estaré a tu lado". El cachorro dio un paso cauteloso y Carrasca se mantuvo cerca, presionando contra su flanco. "¡Así es!" ella maulló.

Lentamente, avanzaron poco a poco a lo largo del túnel. El zorro se detuvo en seco cuando llegaron al cruce con el túnel del bosque, pero Carrasca le dio un empujón, lo empujó y lo alentó a la vuelta de la esquina hasta que pudieron sentir la brisa del exterior en sus caras. El zorro dejó escapar un grito de alegría y echó a correr. Con demasiada confianza, se estrelló contra la pared opuesta y se sentó con un golpe, gimiendo. Carrasca corrió hacia adelante y lamió el hocico del zorro. No podía saborear la sangre, por lo que no estaba gravemente herida.

"¡Cosita tonta!", lo regañó. "Quédate a mi lado hasta que puedas ver, ¿De acuerdo?"

Sabía que el zorro no podía entender lo que estaba diciendo, pero aun así caminaba más lentamente mientras doblaban la curva del túnel. La luz gris se derramó delante de ellos, dolorosamente brillante como antes. El zorro parpadeó y gimió, frotándose los ojos con una pata delantera.

"Es porque has estado en la oscuridad por un tiempo", explicó Carrasca. "¡Sigue adelante; ya casi has llegado!" Se acercó y lamió las orejas del cachorro, y una imagen de Esquiruela haciéndole lo mismo irrumpió en su mente. Se había caído en un charco y su madre la había llevado rápidamente a la maternidad para secarla. *Su madre*. De repente, Carrasca sentía extrañaba a Esquiruela como un dolor físico.

El zorro se levantó de un salto y siguió trotando. Cogió velocidad a medida que sus ojos se acostumbraban a la luz, y Carrasca se quedó atrás, resistiendo el impulso de permanecer presionada contra su cálido pelaje. El cachorro no pertenecía ahí. Necesitaba estar de vuelta

con su madre, en su guarida en el bosque. De repente, el cachorro se detuvo, justo en la entrada. Volvió a mirar a Carrasca y dejó escapar un ladrido interrogativo.

Carrasca negó con la cabeza. "No puedo ir contigo, pequeño", maulló. "Esta es mi casa." Las palabras se atascaron en su garganta como un trozo de carne fresca.

Hubo un fuerte grito desde más allá de la boca del túnel. La cabeza del cachorro giró, sus orejas se erizaron. Dejó escapar un aullido y hubo otro ladrido, confiado y alegre. "Esa es tu madre, ¿No?" Carrasca susurró.

El cachorro saltó hacia adelante y desapareció en el círculo de blancura. Carrasca se arrastró por el túnel hasta que pudo ver los árboles afuera. El túnel se abría a un bosque muy parecido al territorio del Clan del Trueno, con una mezcla de árboles y una densa maleza. La luz se estrelló contra los ojos de Carrasca y los entrecerró tanto como pudo. Sus oídos resonaban con el crujir de las hojas, el canto de los pájaros y el trueno de las patas mientras el cachorro y la madre zorra corrían uno hacia el otro. Parpadeando, Carrasca observó cómo chocaban en un revoltijo de pelaje rojizo. El cachorro dejó escapar una andanada de gritos emocionados cuando su madre lo envolvió, olfateando cada parte de su pelaje.

"Estás a salvo ahora", murmuró Carrasca, tratando de ignorar el nudo de tristeza en su pecho. "Estás de vuelta a donde perteneces".

La visión del cachorro golpeando el vientre de su madre en busca de leche se mezclaba con imágenes de Carrasca retorciéndose con sus compañeros de camada en la maternidad del Clan, bañada en reconfortantes aromas de comida. *Entonces era feliz, antes de saber la verdad*, pensó. *Pero esa vida se acabó ahora.*

Capítulo 6

La caída de la hoja se había posado sobre el bosque y el suelo estaba cubierto por una capa de hojas quebradizas de color rojo y naranja. Mientras Carrasca observaba desde la boca del túnel, la brisa arrebató otra ráfaga de hojas de un haya y las colgó en el aire antes de dejarlas flotar hasta el suelo. Una voz detrás la hizo saltar.

"¿Estás buscando al cachorro?"

Carrasca se dio la vuelta, su pelaje pinchaba por culpa. "¡Hojas caídas! ¿Cuánto tiempo has estado ahí?"

"El tiempo suficiente para ver cuánto quieres estar ahí", maulló el gato rojizo y blanco.

Carrasca se quedó a un lado, dejando espacio para que él se uniera a ella en la entrada, pero Hojas Caídas se quedó dónde estaba, con las patas ocultas en la sombra.

"¿Esperas que el cachorro regrese?" Bromeó Hojas Caídas, pero su voz sonó hueca en el túnel resonante.

"Por supuesto que no", maulló Carrasca. "Sé que pertenece allí, en el bosque, con su madre".

"¿Y qué hay de ti?" Hojas Caídas presionó suavemente. "¿Perteneces ahí fuera, con tu familia?"

Carrasca apartó la cara. "No tengo familia", gruñó.

"Todos tenemos familia", suspiró Hojas Caídas.

"¿En verdad? Entonces, ¿Dónde están tus parientes?” Carrasca lo desafió. “Dices que vienes de un grupo grande de gatos, pero ¿Qué les pasó? Nunca hemos visto rastros de otros gatos viviendo cerca de aquí".

Hojas Caídas miró sus patas. "Se fueron", susurró.

"¡Entonces vamos a buscarlos!" Carrasca declaró. "Debe haber algunas señales de adónde se han ido".

Para su sorpresa, los ojos de Hojas Caídas se abrieron con horror. "¡No! ¡Debo quedarme aquí! Si me voy, ¿Cómo sabrá mi madre dónde encontrarme? Ella vendrá por mí algún día. Sé que lo hará".

Carrasca luchó contra un arranque de impaciencia. “¡Pero podríamos encontrarla primero! Ven conmigo. Te cuidaré."

"No necesito que me cuiden", siseó Hojas Caídas. “Sólo necesito quedarme aquí. Ve si quieres. No puedo irme". Se volvió y se adentró en la oscuridad.

Carrasca lo miró fijamente, sintiéndose desdichada. Tantas cosas que dijo no tenían sentido. ¿Por qué no había venido su madre a buscarlo antes? Debió haberlo visto entrar en los túneles, entonces, ¿Por qué no empezó a buscarlo tan pronto como él no salió? Pero Hojas Caídas nunca dio una respuesta directa. Parecía decidido a ser lo más misterioso posible y, a veces, Carrasca se preguntaba si incluso quería compañía en su casa subterránea. *Bueno, no tengo que quedarme aquí con él*. Levantó la cabeza y dejó que los aromas del bosque se deslizaran por su hocico: tierra, hojas, ardilla y el olor almizclado de un campañol escondido entre unos troncos de pino... ¿Qué estaba haciendo, acechando en los túneles cuando podía estar viviendo afuera, donde pertenecía?

Carrasca corrió tras Hojas Caídas. Cuando ella irrumpió en la cueva del río, él estaba acurrucado debajo del saliente rocoso con la nariz metida debajo de la cola. Sin embargo, no estaba dormido; sus ojos estaban muy abiertos, brillando a la luz gris pálida.

"Me salvaste la vida", espetó Carrasca, deteniéndose frente a él. “Y siempre estaré agradecida por eso. Pero estás en lo correcto. Necesito estar al aire libre, comer ardillas y ratones en lugar de peces, donde pueda ver el cielo y sentir el viento en mi pelaje"

"Entonces vete", la interrumpió Hojas Caídas. "Nadie dijo que tenías que quedarte aquí".

Carrasca lo miró fijamente. ¿Le importaba tan poco ella que ni siquiera intentaría que se quedara? Bueno, ¡Ella tampoco lo necesitaba!

"Bien", espetó. "Sólo pensé en hacerte saber que me voy a ir en caso de que te preguntes dónde estoy".

Hojas Caídas se encogió de hombros y volvió a pasar el extremo de la cola por la nariz. Carrasca tuvo la clara sensación de que la habían despedido. Tratando de no sentirse herida, se volvió y regresó al túnel del bosque. Caminó lentamente al principio, medio esperando que Hojas Caídas vinieran corriendo detrás de ella, rogándole que cambiara de opinión. Pero las sombras detrás de ella permanecieron obstinadamente en silencio.

El viento era más frío de lo que recordaba Carrasca, pinchándole el pelaje a pesar de que trató de permanecer al abrigo de los troncos más anchos. La luz se estaba desvaneciendo y las sombras se extendían desde la base de cada árbol, pero de alguna manera esta oscuridad era menos cómoda que estar en los túneles y Carrasca se encontró tropezando con cada ramita caída y grupo de musgo.

Apretando los dientes, se abrió camino hacia un denso matorral de zarzas. ¿Las espinas siempre habían arrastrado su pelaje así? ¿Y los árboles sin hojas siempre habían sido tan ruidosos mientras golpeaban sus ramas juntas? Las orejas de Carrasca estaban demasiado llenas para captar los movimientos de cualquier presa, y su vista estaba extrañamente borrosa cuando trató de mirar más allá de un zorro de distancia. Seguía diciéndose a sí misma que eso era lo mismo que el territorio del Clan del Trueno, pero no lo era en absoluto, en realidad: no había marcadores de olor familiares o caminos a través de los arbustos, no había señales de que los gatos hubieran estado ahí antes.

Carrasca se abrió paso hasta el centro de las zarzas y giró en círculos junto al nudo de troncos hasta que hubo despejado un espacio pequeño y aproximadamente circular. Arañó la hierba seca para hacer un lecho en el que acostarse, luego se acurrucó y metió el hocico debajo de la cola. Su estómago gruñó, recordándole que no había comido desde su "caza" matutina en el río subterráneo, pero no había posibilidad de atrapar ninguna presa esa noche. Carrasca presionó su espalda contra el grupo de troncos de zarzas, deseando que fuera Hojas Caídas a

su lado. A pesar de que nunca emitió ningún calor, había sido extrañamente amigable en las raras noches en que había compartido su lecho. *¿Lamenta haberme dejado ir?*

Carrasca se despertó antes del amanecer, demasiado hambrienta para dormir más. Salió arrastrándose de las zarzas y olfateó el aire. El olor a lluvia se lo llevó el viento y se estremeció. Su guarida espinosa no sería completamente impermeable, por lo que tendría que encontrar algunas hojas grandes para tejer en los tallos inmediatamente por encima de su cabeza. Pero primero tenía que cazar. La luz lechosa se filtraba a través de las ramas, lo suficiente para revelar un pequeño rastro de huellas a través del mantillo de hojas debajo de un árbol de haya. Carrasca se dejó caer en cuclillas como cazadora, con los músculos rígidos y protestando después de lunas de no haber sido utilizados. Caminó hacia adelante, dando un paso ligero mientras se esforzaba por escuchar el leve crujido revelador de la presa. En la base del tronco, se movió una hoja y asomó la punta de una cola suave y marrón. Carrasca saltó y aterrizó de lleno en la espalda del ratón, matándolo con un rápido mordisco en el cuello.

Sabía cómo carne fresca del Clan Estelar. Carrasca comió donde estaba agachada, saboreando cada bocado. Su vientre retumbó en agradecimiento y casi de inmediato se apretó de dolor. Carrasca siseó entre dientes. Había pasado mucho tiempo desde que había comido tanto. Quizás debería haber guardado la mitad del ratón para más tarde, en su propia pila de carne fresca. Levantó la cabeza, buscando el mejor lugar para guardar sus capturas. Luego se encogió de hombros. Si solo se estaba alimentando a sí misma, ¿Cuál era el punto de almacenar presas? Cazaría y comería cuando tuviera hambre, eso es todo. Como lo haría un proscrito...

Carrasca se puso de pie y trotó rápidamente entre los árboles. Ella no era una proscrita, ¿Verdad? Era una gata de Clan sin Clan, eso es todo. No proscrita, ni solitaria o, no lo quiera el Clan Estelar, una minina doméstica. Ninguno de esos. *Una asesina*, susurró una vocecita dentro de su cabeza, pero Carrasca aplanó sus orejas y la ignoró, corriendo mientras el suelo se inclinaba hacia arriba. Con la cabeza gacha, no se dio cuenta de que el bosque se estaba ralentizando hasta que el viento le azotó el pelaje de repente. Sobresaltada, miró hacia arriba para ver que estaba casi en la cima de la cresta. Sólo unos pasos más la llevarían a la cima, y podría mirar hacia el lago y su antiguo hogar.

Sus patas se quedaron pegadas a la hierba. Carrasca sintió que sus oídos se esforzaban por escuchar cualquier sonido de gatos: sus antiguos compañeros de clan en una patrulla fronteriza, tal vez, o los gatos del Clan del Viento en busca de un conejo. No escuchó nada más que el viento silbando sobre la cresta y descendiendo en picado para sacudir los árboles debajo de ella. Casi sin pensarlo, Carrasca empezó a retroceder. Parte de ella anhelaba escuchar los distintivos sonidos de los gatos del Clan del Trueno y correr sobre la cresta para unirse a ellos; otra parte temía que pudieran estar buscándola para castigarla por la muerte de Cenizo. ¿Hojarasca Acuática o Leonado y Glayo habrían revelado la verdad a estas alturas? No había forma de que lo supiera, porque nunca podría regresar. Dándose la vuelta, Carrasca corrió cuesta abajo y se hundió en los árboles que lo protegían.

Unos días después llegó la primera nevada. Carrasca abrió los ojos para encontrar su guarida de zarzas llena de una extraña luz turbia. Se abrió paso y chilló cuando un grupo de escarcha brillante cayó sobre su cuello. Ella la sacudió de mal humor y saltó lejos de las ramas restantes. Sus patas se hundieron en la suave nieve blanca y al instante se enfriaron hasta los huesos. Carrasca siseó en voz baja mientras saltaba a la rama caída más cercana, donde sólo se había asentado una capa de copos. El musgo estaba viscoso debajo de sus patas, pero al menos pudo

quitar la materia blanca adherida. Tendría suerte si pescara algo para comer hoy; todas las presas quedarían enterradas bajo una cálida capa de hojas.

En el Clan, Estrella de Fuego se habría abastecido de carne fresca en un agujero fuera de la hondonada, donde la tierra fría la mantendría fresca. El estómago de Carrasca retumbó al pensarlo, y frunció el labio, molesta consigo misma por no estar mejor preparada.

Estaba a punto de saltar de la rama e intentar encontrar algo para comer cuando notó un rastro de huellas de patas que se alejaban entre los árboles. Eran más grandes que las de ella, pero pequeñas para un perro que pasaba. El pelo le picaba en la nuca de Carrasca. Con un siseo de disgusto, hundió las patas en la nieve y fue a mirar más de cerca. Más que el tamaño y la forma de las impresiones, el olor distintivo le dijo quién había caminado por este camino: ¡Un zorro! Un zorro joven, a juzgar por sus pequeñas patas, y ¿Era solo su imaginación, o Carrasca reconoció el olor persistente?

¡Sí!

¡Era el cachorro que había rescatado!

El corazón de Carrasca comenzó a latir más rápido. En ese momento, la perspectiva de volver a ver al pequeño cachorro la llenó de más emoción que la idea de encontrar comida. Siguió el rastro, saltando con cuidado junto a las vías para no mancharlas. Atravesaron los árboles, se dirigieron a lo largo del borde de la cresta antes de girar hacia abajo hacia un denso bosquecillo de pinos. A Carrasca le dolían las patas de saltar a través de la nieve, y se hacía más profundo cuanto más bajaba la colina, pero no iba a darse por vencida ahora. El olor del cachorro se había vuelto más fuerte y las huellas eran aún más claras, como si acabara de caminar por ese camino.

Los pinos se abrían en un pequeño claro donde la nieve estaba raspada y amontonada entre profundas marcas de garras y plumas teñidas de escarlata. Carrasca arrugó la nariz cuando el olor a sangre llenó el aire. El zorro debe haber matado una paloma ahí, decidió, estudiando las anchas plumas grises. Sintió un destello de orgullo, como si ella misma hubiera sido la mentora del cachorro.

Hubo un ruido detrás de ella y el olor penetrante la inundó con más fuerza que nunca.

Carrasca se volvió y un ronroneo le subió a la garganta. El cachorro estaba de pie en el borde del claro, mirándola. Tenía las orejas erguidas y la punta de su cola tupida rozaba la nieve. ¡Ese era definitivamente su zorro! Se estaba convirtiendo en un macho apuesto, su pelaje sobresalía contra la nieve casi tan escarlata como la sangre de la paloma.

"¡Hola!" Carrasca maulló. "¿Me recuerdas?"

Con un gruñido, el zorro saltó hacia ella. Los dientes amarillos chasquearon en el aire donde había estado el cuello de Carrasca, un segundo después de que ella retrocediera. Se estrelló contra un pino y se dio la vuelta para trepar por el tronco, con la criatura mordiendo apenas a un bigote de sus patas. El árbol estaba rodeado de musgo hasta la mitad y las garras de Carrasca perdieron su agarre; se deslizó hacia abajo, sintiendo que las ramas le pinchaban las costillas y los flancos, y el cachorro se levantó de un salto, aullando de hambre y emoción.

Carrasca clavó sus garras en la corteza y logró detener su caída justo cuando los dientes se cerraron sobre el pelaje al final de su cola. Ella se soltó y trepó a las ramas más altas, el miedo la impulsó hacia arriba. Debajo de ella, el cachorro gruñó de frustración.

Carrasca se acurrucó en una rama delgada que se balanceaba bajo su peso. Miró hacia abajo a través de las agujas de pino verde oscuro y observó al zorro dando vueltas muy por debajo. *Por supuesto que no me recuerda. ¡No soy más que una presa! Carrasca* hundió sus garras en la rama, cerró los ojos y esperó a que su corazón dejara de intentar abrirse camino fuera de su pecho.

Cuando volvió a abrir los ojos, estaba oscuro. El miedo y la huida debían haberla agotado lo suficiente como para dormir en su incómoda rama. El bosque estaba en silencio, y todo lo que podía oler era nieve y el olor punzante de piña. El cachorro se había ido hace mucho. Sobre los árboles, una luna llena de plata flotaba en el cielo, rodeada de estrellas deslumbrantes. El bosque estaba bañado por una luz blanca y nítida, y Carrasca podía ver todo el camino hasta la cima de la cresta. Por otro lado, los cuatro Clanes se reunirían en la isla para la Asamblea. ¿Se mencionaría su nombre? ¿Algún gato se preguntó alguna vez qué le había pasado?

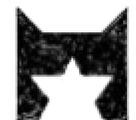
Carrasca sintió una oleada de miseria tan intensa que casi perdió el agarre de la rama. Cuando se hundió de forma alarmante debajo de ella, recobró el sentido y se deslizó por el tronco hasta el suelo nevado.

Sentía un dolor agudo en el estómago y, mientras Carrasca caminaba de regreso entre los árboles, se detuvo junto a un grupo de milenrama que se había protegido de la nieve para comer algunas hojas. Pero el dolor en su interior persistió, y Carrasca supo que era más que hambre: era soledad, arrepentimiento y tristeza.

Sólo había un lugar al que podía ir. Esponjando su pelaje contra el frío glacial, Carrasca comenzó a caminar cuesta arriba por la pendiente.

Cuando llegó, amanecía, iluminando las sombras proyectadas por los árboles a la luz de la luna y despertando el canto de algunos pájaros. Carrasca se tambaleó en los últimos pasos y se detuvo en la entrada, jadeando por respirar. El túnel se abría ante ella, cálido, oscuro y acogedor.

"¡Hojas Caídas!" llamó mientras se sumergía en el interior. "Hojas Caídas, ¿Estás ahí?"

Capítulo 7

Carrasca durmió durante dos días completos después de su regreso. Hojas Caídas le trajo pescado para comer cuando la removió brevemente, y algunas hierbas que no reconoció para la tos molesta que se desarrolló tan pronto como estuvo fuera del viento constante. Su lecho estaba donde lo había dejado, pero más suave y profundo de lo que recordaba.

"Añadí más plumas", admitió Hojas Caídas con timidez. "En caso de que volvieras." Luego trepó delicadamente a su lado y acurrucó su cuerpo frío alrededor del de ella mientras volvía a dormirse.

Finalmente se despertó con la cabeza más despejada, sintiéndose hambrienta e inquieta. La luz amarilla se filtró en el túnel, insinuando la luz del sol afuera. Carrasca estaba sola en su lecho, pero Hojas Caídas apareció casi de inmediato, llevando un pececillo.

"Toma, come esto", le instó, dejándolo caer a su lado.

No sabía tan bien como los ratones y las ardillas del bosque -nada volvería a saber tan bien, sospechaba Carrasca-, pero lo tragó obedientemente y sintió que la fuerza volvía a sus patas.

Hojas Caídas se sentó junto a su lecho y miró.

“Volví a ver al cachorro de zorro”, anunció Carrasca mientras limpiaba los últimos rastros de pescado de sus bigotes.

Hojas Caídas pareció sorprendido. "¿Estás seguro de que era el mismo?"

"Definitivamente. Reconocí su olor de inmediato".

"¿Te reconoció?" Preguntó Hojas Caídas.

Carrasca miró sus patas y negó con la cabeza. Se sentía estúpida y avergonzada de admitir lo que había hecho, pero esperaba que Hojas Caídas no la juzgara con demasiada dureza. "Me vio como una jugosa presa", maulló en voz baja. "Acabo de escapar".

Sintió algo suave en su oído cuando Hojas Caídas la tocó con la punta de su cola. "Lo siento mucho. ¿Le salvas la vida y él te paga así? Honestamente, ¡Algunos animales no tienen gratitud!"

Había una nota de diversión apenas reprimida en su voz y Carrasca miró hacia arriba para ver sus ojos brillando con humor. "Supongo que fue un poco tonto pensar que me recordaría", admitió.

"¡solo un poco!" Las hojas caídas explotaron. "¿Qué pensaste que pasaría? ¿Qué te llevaría a su guarida para conocer a su madre?”

Carrasca se encogió de hombros. "Estaba tan sola", murmuró. "Solo quería un amigo".

En un instante, Hojas Caídas se agachó a su lado, presionando su pelaje contra el de ella. "Y tienes un amigo", insistió. "Aquí mismo. Ahora, he sido terriblemente perezoso haciendo patrullas mientras estabas fuera. ¿Deberíamos comenzar con una revisión de los túneles, en caso de que el cachorro piense en seguirte, y luego ver si puedes recordar cómo pescar un pez?”

Más tarde, cuando los agujeros en el techo estaban oscuros y las patas de Carrasca le dolían por correr sobre la piedra, se acostó en su lecho de plumas y sintió que el dolor de la soledad se aliviaba. Dejó escapar un ronroneo y Hojas Caídas se agitó a su lado.

"¿Qué estás pensando?" murmuró.

“Qué estoy feliz de haber regresado”, respondió Carrasca con sinceridad. "No estoy hecha para vivir sola, supongo".

Hojas Caídas le lamió la oreja. "Me alegro de que hayas vuelto también".

Carrasca se giró para mirarlo. "¿Alguna vez piensas en los gatos que dejaste?"

“Todo el tiempo,” Hojas Caídas maulló suavemente. "Pero ha pasado tanto tiempo, no recuerdo tanto".

Carrasca parpadeó. Había estado alejada del Clan del Trueno durante varias lunas, pero no se había olvidado de nada. "¿Cuántas temporadas has estado en los túneles?"

Hojas Caídas se encogió de hombros y volvió la cara. “Más de lo que puedo contar. Pero ya es demasiado tarde para cambiar algo".

Carrasca sabía que no debía sugerirle que volviera a buscar a su antigua comunidad. En cambio, se acomodó más cómodamente contra su flanco y le pidió: “Háblame de tu familia. Debes recordarlos".

“Mi madre se llamaba Sombra Rota. Ella era muy amable y hermosa. Ella... ella no quería que yo entrara en los túneles. Creo que sabía que pasaría algo malo".

"¿No podría detenerte?" Preguntó Carrasca.

"No si iba a ser un garra-afilada", respondió Hojas Caídas. "Eso es lo que quería, más que nada". Se apagó, sonando dolorosamente triste. Luego se sacudió. “Eso es un largo camino en el pasado. ¿Qué hay de tu madre? ¿Le dijiste que abandonabas el Clan?”

Carrasca comenzó a cortar una de las plumas con su garra. "No exactamente", murmuró.

Hojas Caídas se puso rígido. “¿Quieres decir que no tiene idea de dónde estás? ¿Y si cree que estás muerta?”

"Probablemente sea mejor si lo cree", susurró Carrasca. Mientras hablaba, se preguntó a qué gata se refería: Hojarasca Acuática, su verdadera madre; o Esquiruela, la gata que la había criado. "Es complicado", confesó. "Yo... tengo dos madres".

Detrás de ella, sintió que Hojas Caídas aguzaba sus oídos. "¿Dos?"

“Mi verdadera madre, Hojarasca Acuática, es una curandera. Se supone que no debe tener cachorros, pero se escapó con Corvino Plumoso del Clan del Viento, y cuando regresó, nos dio a luz a mis hermanos y a mí. Para ocultar lo que había hecho, nos dio a su hermana, Esquiruela, quien fingió que éramos sus hijos. ¡Incluso el compañero de Esquiruela, Zarzoso, pensó que era nuestro padre!"

Hojas Caídas se quedó en silencio por un momento. Luego preguntó: "¿Crees que Esquiruela te amaba?"

"Oh, sí", maulló Carrasca. “Quiero decir, ella se preocupaba por nosotros todo el tiempo, al igual que las otras reinas en la maternidad. ¡Pero ella nos mintió! Sólo nos dijo la verdad cuando otro gato la obligó a hacerlo".

“¿Qué pasó con... Hojarasca Acuática, no? ¿Cómo actuó ella contigo?"

Carrasca suspiró. “Ella siempre se interesó por nosotros, pero pensé que era porque Esquiruela era su hermana. Fui su aprendiz por un tiempo, en la guarida del curandero, pero luego decidí entrenarme como guerrera. Me gustó trabajar con ella; simplemente no era lo que quería hacer por el resto de mi vida".

"¿Y Hojarasca Acuática sabe que descubriste la verdad?" Preguntó Hojas Caídas.

"Sí", maulló Carrasca, haciendo una mueca al recordar su último y furioso enfrentamiento con la curandera del Clan del Trueno. "Yo... le dije que se merecía morir por lo que había hecho, pero dijo que el peor dolor de todo era tener que vivir con eso". Carrasca dejó de hablar y miró las astillas de pluma a sus patas.

“Me parece…”, comenzó con cuidado Hojas Caídas, “Que esas dos gatas te amaban mucho. ¿Quizás dos madres son mejores que ninguna? Y sea lo que sea lo que hiciste antes de venir aquí, ambas deben esperar que estés viva y a salvo".

"Supongo", admitió Carrasca. Empujó las astillas de plumas fuera del lecho. “¿Pero cómo pueden vivir con todos estos secretos? ¡La verdad es todo lo que importa!"

"No siempre", maulló Hojas Caídas. “Quizás esas gatas creían que estaban haciendo lo correcto por ti y tus hermanos. No puedes castigarlas por amarte demasiado, Carrasca".

Le dio unas palmaditas en el hombro con la pata y Carrasca volvió a tumbarse. No podía negar que Hojas Caídas tenía razón: Esquiruela y Hojarasca Acuática la habían amado. Pero todo se había complicado por los secretos y las mentiras, y por el hecho de que Carrasca había matado a Cenizo para evitar que se lo contara a todo el mundo.

Pero luego me di cuenta de que nunca permanecería en secreto, así que se lo conté a todos los clanes en la Asamblea.

La muerte de Cenizo había sido en vano, y Carrasca no tuvo más remedio que irse.

Afuera, el clima se volvió aún más frío. Había menos peces en el río subterráneo, por lo que Carrasca hizo incursiones en el bosque, dejando los túneles lo suficientemente tiempo para atrapar un ratón o una ardilla y una vez una paloma bastante escuálida. Hojas Caídas nunca la acompañó; había salido varias veces, dijo, para recolectar hierbas cuando Carrasca entró por

primera vez en los túneles, pero no se sentía como si perteneciera allí. El corazón de Carrasca siempre se retorcía de tristeza cuando veía el rostro rojizo y blanco de su amigo asomándose desde las sombras, mirando ansiosamente mientras cazaba. Hojas Caídas parecía ver los túneles como su hogar y su prisión por igual. ¿De verdad creía que era demasiado tarde para encontrar a su familia?

Carrasca siempre estaba atento al cachorro de zorro o a su madre, pero no vio nada más grande que una paloma entre los árboles nevados, y sólo una vez un rastro de huellas llenas de nieve que conducían al bosquecillo de pinos. Se desvió en la dirección opuesta, usando el aroma de milenrama para llevarla rápidamente de regreso a la boca del túnel. Había un pequeño grupo creciendo justo afuera de la entrada, desafiando la nieve con sus espesas hojas verdes.

Cada vez que Carrasca salía, se encontraba escuchando las señales de los gatos al otro lado de la cresta. ¿Sus compañeros de clan lograron encontrar suficientes presas en la nieve? ¿Estaban los veteranos fuertes y en forma? Varias veces sus patas parecieron llevarla hasta la cima de la cresta sin que ella se diera cuenta, hasta que estuvo apenas a la distancia de un zorro de la frontera del Clan del Trueno. Pero la idea de encontrarse cara a cara con uno de sus antiguos compañeros de clan hizo que su sangre se le congelara en las venas, y siempre Carrasca se daba la vuelta en el último momento y corría de regreso a donde Hojas Caídas la estaba esperando.

Después de un cuarto de luna, las nubes de nieve se levantaron, dejando un cielo despejado y un aire fresco y tranquilo. Carrasca se enterró en su lecho, tratando de calentarse, pero su mente estaba llena de lo que podría estar sucediendo en la hondonada. Se sentó, sabiendo que no iba a dormir ahora. El túnel se llenó de luz plateada tan brillante que era casi como la luz del sol. Carrasca salió de su lecho y trotó por el pasillo hacia la cueva del río. Estaba vacío, aparte de la luz deslumbrante que brillaba en cada rincón y volvía el río blanco. Carrasca echó la cabeza hacia atrás y se esforzó por mirar por el agujero del techo. Muy, muy arriba, una perfecta luna redonda cruzaba el cielo. Era una noche fría para una asamblea. Carrasca imaginó a los gatos acurrucados juntos en un hueco, el vapor salía de sus bocas mientras escuchaban hablar a cada líder.

"Extrañas a tus compañeros de clan, ¿No?" murmuró Hojas Caídas detrás de ella.

Carrasca saltó. No lo había oído entrar en la cueva. "Sólo quiero saber si están bien", maulló, sintiendo un destello de culpa. "La estación sin hojas puede ser muy dura en los Clanes, y con toda esta nieve, es posible que no hayan encontrado suficiente para comer".

Hojas Caídas levantó una pata para detenerla. "Entonces ve a verlos".

"¡No puedo! ¡Tienen que creer que me voy para siempre!"

"Visítalos sin que te vean, si eso es lo que quieres", sugirió Hojas Caídas. "No puedes pasar todo tu tiempo mirando la luna y preguntándotelo".

Carrasca se estremeció. Quizás tenía razón. Conocía su antiguo territorio lo suficientemente bien como para permanecer oculta. Si pudiera asegurarse de que el Clan del Trueno sobreviviera a la dura estación, podría volver a dormir.

Capítulo 8

Carrasca sintió como si un enjambre de abejas zumbara en cada una de sus patas tan pronto como decidió regresar al Clan del Trueno en secreto, pero se obligó a esperar un cuarto de luna hasta que el cielo estuviera menos iluminado. Justo antes del amanecer, cuando la noche estaba en su punto más oscuro, Hojas Caídas la llevó a un túnel que no era mucho más ancho que una madriguera de conejo. Esa era una de las pocas entradas claras que quedaban al Clan del Trueno. Carrasca trató de agradecerle de nuevo antes de que ella se apretujara en la última sección, pero él se dio la vuelta antes de que ella pudiera decir algo y las sombras rápidamente se lo tragaron.

¡Volveré, lo prometo! Carrasca lo llamó en silencio.

Carrasca se agachó y se metió en el diminuto agujero. El techo le raspó las orejas y por un momento sintió como si la estuvieran enterrando viva. Su corazón se aceleró en pánico y su respiración se convirtió en jadeos superficiales, pero siguió arrastrándose hacia adelante con sus patas delanteras.

De repente, el aire fresco estalló en su rostro y el sonido de las ramas susurrando en el viento llenó sus oídos. Carrasca se puso de pie, bebiendo los aromas familiares de gatos, senderos y marcadores fronterizos. ¡Estaba en su hogar!

¡No! Este no es mi hogar ahora.

Sacudiendo la tierra de su pelaje, Carrasca trotó hacia un parche de helechos y rodeó un roble solitario. Después de comprobar que no había gatos en patrullaje nocturno, cruzó un sendero estrecho que corría a lo largo de la cima del acantilado. Carrasca se dijo a sí misma que estaba temblando de frío, pero podía oler el miedo en su piel y sabía que estaba aterrorizada de ser descubierta. Cuando una lechuza aleteó ruidosamente desde una rama en lo alto, casi se cae del susto. Se agachó en un grupo de zarzas y se abrió camino hasta que emergió al borde del acantilado. Ella se agachó y miró por encima.

La hondonada estaba llena de sombras y Carrasca no podía distinguir ninguna guarida individual, pero algo se sentía mal. El ruido del viento que resonaba en los acantilados era diferente y las formas negras de abajo no eran las mismas que recordaba. Era como si los árboles hubieran crecido dentro del campamento desde que ella se fue, completamente ramificados y cargados de hojas quebradizas. ¡Eso era imposible!

Mientras miraba, una línea de luz amarilla apareció sobre la cresta detrás de ella. Amanecía, y las sombras se diluían lo suficiente para que Carrasca viera un árbol enorme que llenaba la hondonada, no creciendo, sino acostado de lado con las raíces dobladas en la esquina donde estaba la guarida del curandero. Carrasca se puso rígida de horror. Si un árbol tan grande se hubiera caído de la cima del acantilado, ¡Debe haber aplastado gatos debajo de él! Estaba directamente encima de las guaridas de los guerreros y los veteranos. ¿Cómo podía haberle sucedido algo tan terrible a su Clan, sin que ella supiera nada al respecto? ¿No podría haberle dicho el Clan Estelar en un sueño?

Quizás el Clan Estelar me ha repudiado, ahora que ya no formo parte de un Clan.

Carrasca se dio cuenta de que estaba temblando tanto que corría el peligro de resbalar por el borde. Retrocedió un poco, justo cuando las ramas del árbol caído se estremecían y dos gatos salían con cautela al aire frío. Su aliento formó nubes alrededor de los hocicos.

"Puedo ir al aliviadero por mi cuenta", refunfuñaba Musaraña. El aire estaba tan quieto que su voz llegó hasta Carrasca hasta la cima del acantilado.

"Sé que puedes", dijo Puma con voz ronca. "Pero no hay nada de malo en tener compañía, ¿Verdad?"

"Parece que no tengo otra opción", murmuró Musaraña mientras el viejo gato marrón la conducía a través del claro y hacia las zarzas que llenaban la entrada a la hondonada.

Carrasca se inclinó hacia adelante, sintiendo un estremecimiento de placer. ¡Mis compañeros de clan!

"¡Luz de Garbeña!" llamó una voz desde la guarida del curandero. "Puedo traerte algo de comer si tienes hambre. No es necesario que lo vayas a buscar tú misma". Era Glayo, sonando como si acabara de despertar.

"Todavía tengo dos patas que funcionan", fue la respuesta, cuando una gata de color marrón oscuro emergió de debajo de las raíces enredadas.

¿Gabardilla? Carrasca miró con incredulidad mientras la joven gata se arrastraba por el suelo con sus patas delanteras, mientras sus patas traseras se arrastraban inútilmente detrás de ella. Mili salió disparada de en medio de las ramas caídas.

"¿Qué estás haciendo? ¡Ayer fuiste tan lejos! ¡Deberías estar descansando!" ella regañó.

Luz de Garbeña -Glayo había usado su nombre de guerrera, aunque claramente no iba a patrullar- se desvió para evitar a su madre. "Estoy bien", siseó entre dientes. "¡No puedes hacer todo por mí!"

Mili se inclinó y lamió las orejas de su hija. "Desearía que pudiera", murmuró.

¿Cómo se había lastimado tanto Luz de Garbeña? ¿Había sido cuando cayó el árbol? ¡Debería haber estado ahí! Carrasca hundió sus garras en el suelo desmoronado al borde del acantilado. Algunas piedras diminutas se desprendieron y cayeron ruidosamente al claro. Carrasca se congeló.

Un pelaje oscuro y familiar de un gato atigrado emergió de las ramas. Zarzoso miró hacia el escondite de Carrasca, entrecerrando los ojos. Ella retrocedió y contuvo la respiración. Entonces lo escuchó llamar, “¿Leonado? ¿Carbonera? Lleva la patrulla fronteriza por la parte superior de la hondonada, ¿Quieres? Zarpa de Tórtola y Zarpa de Hiedra pueden ir contigo".

Se oía el sonido de gatos reunidos abajo. Carrasca se arriesgó a echar un vistazo más por el borde. Su corazón casi se rompe cuando vio a su hermano Leonado dando vueltas alrededor de Carbonera, con la punta de su cola trazando su suave pelaje gris. Zarpa de Tórtola e Zarpa de Hiedra -¡Habían sido pequeñas cachorras cuando Carrasca se fue, y ahora eran aprendices fuertes y de apariencia segura!- saltaban a su alrededor, ansiosas por salir a patrullar.

"¿Zarzoso oyó a un zorro?" Preguntó Zarpa de Hiedra con entusiasmo.

Zarpa de Tórtola había inclinado la cabeza hacia un lado y parecía pensativa. "No lo creo", maulló.

Leonado comenzó a guiarlos hacia la barrera de espinas. Carrasca sabía que tenía que irse. Sólo esperaba que su pelaje todavía tuviera suficiente aroma del Clan del Trueno para que no pudiera ser rastreada hasta el túnel.

Afortunadamente, los helechos estaban empapados por el deshielo, lo que hacía menos probable que tuvieran rastros de ella.

Se abrió paso a empujones, haciendo una mueca cuando el agua fría le atravesó el pelo, luego corrió hacia el túnel. Podía oír a Leonado llevando a la patrulla por el costado de la hondonada. Zarpa de Hiedra corría adelante, informando sobre cada arbusto y zarza que olía.

"¡Nada aquí! ¡Ningún zorro vino por aquí!"

Carrasca hizo una pausa por un momento, repentinamente salvaje con la esperanza de que la encontraran y la llevaran de regreso al Clan. ¿Seguro que la echaban de menos de alguna manera? Luego pensó en todo lo que había sucedido, la verdad que Hojarasca Acuática, Glayo y Leonado habían descubierto, y supo que el Clan estaba mejor sin ella. Con un pequeño suspiro, se metió en el estrecho agujero y dejó que las sombras la envolvieran.

“Y luego vi a Gabardilla, bueno, ahora es Luz de Garbeña, ¡Y ha perdido el uso de sus patas traseras! Se arrastraba boca abajo por el claro. Quizás el árbol le cayó encima. ¡Debería haber estado allí para ayudar!" Carrasca se detuvo para tomar aliento, consciente de que no había dejado de hablar desde que regresó.

Desde su asiento junto al río, Hojas Caídas la miró. Era un día sombrío y apenas se filtraba luz en la cueva, pero Carrasca podía ver que sus ojos brillaban débilmente. "No podrías haber evitado que el árbol cayera", señaló. "De todos modos, elegiste irte, ¿Recuerdas?"

Carrasca raspó la piedra con la pata. "No sentí que tuviera otra opción en ese momento", murmuró. "Yo... no les he contado todo sobre lo que pasó. No fue sólo que me enteré de que Esquiruela y Hojarasca Acuática me estaban mintiendo. Otro gato también se enteró, un gato llamado Cenizo. Amenazó con decir la verdad a todos los Clanes, así que yo... así que lo maté".

Hubo un largo silencio. Carrasca se arriesgó a mirar a Hojas Caídas. Él estaba mirando al río. "¿El Clan te envió lejos cuando se enteraron?" Hojas Caídas preguntó en voz baja.

"¡No! ¡Ellos nunca supieron! Sólo Hojarasca Acuática se enteró, y luego se lo conté a Glayo y Leonado. Quería que supieran por qué tenía que irme".

"Pero podrías volver", maulló Hojas Caídas, levantando repentinamente la mirada. “Tus hermanos y Hojarasca Acuática te quieren demasiado para decir la verdad sobre Cenizo. Tu secreto seguirá estando a salvo".

"¡No lo sabes!" Carrasca gimió.

"Creo que sí", argumentó Hojas Caídas. "Todo lo que me has dicho demuestra lo importante que eras para los tuyos".

"No lo entiendes", maulló Carrasca con tristeza. “Han pasado demasiadas cosas. El Clan ya no me necesita".

Hojas Caídas se dio la vuelta. “Tu Clan siempre te necesitará,” susurró mientras caminaba hacia las sombras.

Carrasca se las arregló para esperar tres cuartos de luna más antes de regresar a su lugar de espionaje sobre la hondonada. La nieve había caído de nuevo, convertida en destellos plateados por la dura helada. Carrasca se agachó entre la hierba quebradiza, temblando, y observó cómo el Clan se despertaba lentamente debajo de ella.

Zarzoso envió una patrulla de guerreros somnolientos para comprobar la frontera del Clan del Viento. Carrasca se sorprendió por lo delgados que se veían sus compañeros de clan. Buscó en el claro cualquier señal de un montón de carne fresca, pero sólo había unos pocos trozos de pelo y plumas junto al tronco del árbol. Las presas debían ser escasas después de un período tan largo de clima severo.

Hubo un ruido de movimiento en el extremo más alejado del árbol caído, donde apenas se veían las espinosas paredes de la maternidad. La voz de Rosella se elevó, aguda por la frustración.

“¡Cerecita! ¡No vas a salir con esa tos! ¡Topín, trae a tu hermana de vuelta ahora mismo!"

Dos formas diminutas y esponjosas surgieron de las zarzas y se deslizaron por el claro. La gata rojiza que iba delante se detuvo cuando su cuerpecito estaba atormentado por la tos, y su compañero de camada color crema y marrón se detuvo a su lado. "No puedes salir a jugar hoy", maulló. "Sabes lo que dijo Rosella".

Una gata carey se deslizó a través de la pared de la maternidad y se inclinó sobre la gatita rojiza. "Vamos, pequeña", murmuró Rosella. "De vuelta al lecho contigo".

"¿No puede Glayo darme alguna medicina?" suplicó Cerecita, mirando a su madre con enormes ojos ámbar.

"Dijo que se le acabó la milenrama", explicó Rosella. Había una nota tensa de preocupación en su voz, aunque Carrasca se dio cuenta de que estaba tratando de ocultárselo a los cachorros. "Estoy segura de que encontrará algunas hoy, y luego te sentirás mucho mejor".

Llevó a su hija de regreso a la maternidad, dejando a Topín vagando solo por el claro.

Carrasca entrecerró los ojos. Sabía dónde crecía la milenrama fresca. Se dio la vuelta y corrió de regreso al túnel. Ahora estaba acostumbrada al apretón fuerte, y se arrastró sin pensar en ello. Luego corrió a través de los túneles, con sus patas firmes y firmes sobre la piedra fría y húmeda. No había señales de Hojas Caídas cuando irrumpió en la cueva del río. Saltando sobre el agua, Carrasca se lanzó hacia el túnel del bosque y lo siguió hasta el final, sumergiéndose en la luz del día justo cuando un sol amarillo pálido rompía sobre los árboles.

¡Gracias Clan Estelar!

El grupo de milenrama seguía creciendo junto a la boca del túnel, fresca y con olor verde a pesar de la helada. Carrasca cortó todos los tallos que pudo llevar, luego se dirigió de regreso al túnel, con cuidado de no pisar las hojas que se arrastraban. Cuando salió del estrecho agujero al territorio del Clan del Trueno, dejó la milenrama y olfateó el aire. Una patrulla acababa de pasar, lo que significaba que debería tener tiempo suficiente para llevar las hierbas al fondo del acantilado. Carrasca intentó ralentizar su corazón. Golpeaba con tanta fuerza que sus patas temblaban al tiempo. Era demasiado temprano para que muchos gatos estuvieran fuera del campamento y la patrulla se dirigía en la dirección opuesta. Si corría rápido y se mantenía en las sombras, no había razón para que la vieran.

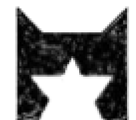
No se dio un momento más para cambiar de opinión. Recogió las hojas de milenrama y corrió por el sendero que conducía al fondo del acantilado. Patinando alrededor de la esquina, casi chocó contra las zarzas que protegían el aliviadero.

Una voz gruñó desde adentro, "¡Espera tu turno!"

Carrasca reprimió una disculpa instintiva y se lanzó alrededor del borde de la barrera. No había ningún gato de guardia ahora que había llegado el amanecer. Dejó caer las hierbas cerca del camino bien escondido a través de las espinas. El próximo gato que saliera los encontraría. Cerecita podría tratarse antes de que salga el sol.

Cuando escuchó a un gato abriéndose paso entre las zarzas desde el otro lado, Carrasca se dio la vuelta y corrió hacia el acantilado. Sus compañeros de clan podrían preguntarse quién había entregado hierbas tan convenientemente, pero con suerte asumirían que uno de los aprendices las había recogido sin que se lo pidieran. Ningún gato necesitaba saber que Carrasca había regresado para ayudarlos.

No todos los secretos eran terribles.

Capítulo 9

“¡Cerecita ha dejado de toser! Rosella parecía tan aliviada. Esta mañana estaba jugando con los cachorros, enseñándoles a saltar sobre una bola de musgo. Recuerdo cuando Esquiruela nos mostró nuestro primer salto...” Carrasca se apagó.

Hojas Caídas, sentado junto a ella a la orilla del río subterráneo, movió una oreja. "Las hojas de milenrama funcionaron, entonces", maulló.

"¡Ellos deben tenerla!" Carrasca saltó sobre sus patas y lo enfrentó. “¿Crees que debería tomar un poco más? ¿Qué hay de la caléndula? O nébeda, ¿Sabes si hay algo que crezca cerca del túnel del bosque?”

"No, no lo sé", respondió Hojas Caídas con un toque de impaciencia. "No necesito hierbas para mí, entonces, ¿Por qué debería ir a buscarlas?"

"Pero encontraste consuelda para mí y semillas de amapola", le recordó Carrasca. "Cuando me lastimé la pata".

La punta de la cola de Hojas Caídas se movió. "Eso fue diferente", murmuró. “Estabas justo enfrente de mí. Difícilmente podría dejarte sufrir, ¿Verdad?”

"¡Bueno, el Clan del Trueno está justo encima de nuestras cabezas!" Carrasca respondió. “El código guerrero dice que debemos proteger los cachorros de todos los clanes, no sólo el nuestro. Si recolectamos hierbas que ayuden a Cerecita y Topín a sobrevivir a la estación sin hojas, sólo estamos obedeciendo el código".

"No es mi código", maulló Hojas Caídas, dándose la vuelta. "Buena suerte en la búsqueda de hierbas si eso es lo que quieres hacer". Entró en el túnel que conducía de regreso al nido de Carrasca.

Carrasca lo vio desaparecer en las sombras. Se estaba comportando de manera muy extraña. No lo había visto en absoluto durante varios días, y las únicas criaturas que había tenido como compañía eran sus compañeros de clan cuando los espió desde lo alto del acantilado. Hojas Caídas nunca compartió su lecho ahora, y nunca vino a verla cazar desde la boca del túnel del bosque. ¿Había hecho algo que lo molestara?

Quizás no le guste el hecho de que pase tanto tiempo en el Clan del Trueno.

El pelaje de Carrasca se erizó de culpa. Era cierto que volvía casi todos los días para ver qué estaban haciendo sus compañeros de clan. Los cachorros de Rosella tenían casi seis lunas, por lo que pronto serían aprendices; Carrasca se preguntó qué gatos serían elegidos como mentores. Si hubiera estado en el Clan, le hubiera gustado tener Cerecita como aprendiz, con su espíritu y sentido del humor. Pero ella nunca sería una mentora, no ahora.

Dándose una sacudida, Carrasca trotó hacia el túnel del bosque. Necesitaba atrapar algo para comer, luego buscaría hierbas frescas. La estación sin hojas estaba en su apogeo, por lo que había pocas hojas verdes en cualquier lugar, pero podría tener suerte en los lugares protegidos debajo de los árboles caídos. Y tal vez podría atrapar algo para Hojas Caídas, para compensarlo por todo el tiempo que había pasado afuera. Nunca antes había compartido con ella la carne fresca, pero tal vez nada lo había tentado. Debe haber algún tipo de presa, regordeta de piñas y nueces caídas, entre estos árboles que él estaría dispuesto a comer.

Carrasca atrapó una ardilla, suave y peluda contra en su pelaje gris, pero Hojas Caídas no estaba por ningún lado cuando regresó a los túneles. Carrasca comió sola en la cueva del río, dejando cuidadosamente la mitad para Hojas Caídas antes de enjuagarse el hocico en el agua helada. No había encontrado ninguna hierba fresca para llevar al Clan, así que se dirigió a su lecho, sus patas se arrastraban un poco por el cansancio y la decepción.

Se acurrucó sobre las plumas y metió la nariz debajo de la cola. Mañana pasaría todo el día con Hojas Caídas, si podía encontrarlo, patrullando los túneles hasta donde él quisiera llegar. Sólo pareció haber cerrado los ojos por un momento antes de que Hojas Caídas la empujara con su pata. "¡Despierta, Carrasca!"

Adormilado, Carrasca se sentó. "¿Ya amaneció?" murmuró.

"¡No!" Hojas Caídas giró en círculo, la impaciencia le puso la piel de punta. "¡Dos de tus compañeras de clan están en los túneles!"

Carrasca se despertó al instante. "¿Qué? ¿Dónde? ¿Quiénes son?"

"¡No lo sé!" Las hojas caídas se partieron. “Pero no pueden quedarse aquí. Les dije cómo salir, pero no me escucharon y todavía están perdidas. Ve y ayúdales, ¿Quieres?”

"¿Están bien?"

"Están lo suficientemente bien como para parlotear como estorninos, así que supongo que no están heridas". Hojas Caídas comenzó a alejarse. "Sólo haz que vuelvan a donde pertenecen", maulló por encima del hombro.

Carrasca saltó de su lecho y corrió hacia la cueva del río. A pesar del ruido del río, era el mejor lugar para saber si había algo en los túneles principales. Se agachó junto al agua y aguzó el oído. Un parloteo nervioso y agudo resonó en uno de los pasajes. Carrasca se levantó de un salto y corrió hacia el sonido, girando con confianza en las esquinas sin necesidad de abrirse camino en la oscuridad. De repente, las voces sonaron muy cercanas. Las gatas estaban justo delante, invisibles en las sombras pero lo suficientemente cerca como para que su olor se apoderara de Carrasca: reconoció a Charca de Hiedra, la guerrera más nueva, y a la hija de Látigo Gris, Flores Caídas. Se metió en una grieta a un lado del pasillo y escuchó.

"Ojalá le hubiera preguntado a ese gato su nombre", murmuraba Charca de Hiedra. "Podríamos llamarlo". Hubo una pausa antes de que ella añadiera: "De todos modos, supongo que no habría venido".

¡Sebe referirse a Hojas Caídas!

Un suave sonido de raspado sugirió que uno de los gatos se había caído al suelo. "Lo siento", susurró Flores Caídas, sonando sin aliento y asustado. "Todo esto es mi culpa. Yo era la que quería venir aquí".

"Podría haberte detenido", argumentó Charca de Hiedra.

"¿Jalándome la cola?"

Carrasca admiraba el espíritu de Flores Caídas. Se preguntó cómo las gatas habían llegado a los túneles. Por un momento, la urgencia de revelarse a ellas, de reunirse con sus compañeros de clan, fue tan fuerte que le temblaron las patas.

¡No! ¡Elegiste irte! No hay vuelta atrás, no ahora.

Pero aún podía ayudarlos a encontrar la salida. Ya habían conocido a un gato aquí; siempre y cuando no se acercaran demasiado, asumirían que él volvería para ayudarlas por segunda vez. Carrasca se asomó fuera de su escondite y gritó suavemente: "¡Vamos! ¿Qué están esperando?"

El aire crepitaba como si ambos gatas se hubieran tensado alarmadas. Carrasca oyó que Charca de Hiedra se volvía para mirar hacia el túnel, pero sabía que las sombras mantendrían oculta su oscuro pelaje.

"Quieres salir, ¿No?" preguntó ella. "Sabes que no deberías estar aquí".

"¡Oh, sí, por favor ayúdanos!" Rogó Flores Caídas.

"Muy bien. Sígueme."

Carrasca se dio la vuelta y corrió por el túnel, juzgando por el sonido de pasos detrás de ella lo rápido que tenía que ir para mantenerse fuera de la vista, pero lo suficientemente lento para que las demás pudieran seguirla. Los condujo por una ruta deliberadamente confusa, por pasajes laterales y en una etapa cruzando un túnel por el que ya habían pasado, para disuadir a las gatas de que regresaran. Una de los gatos, quien Carrasca pensó que era Flores Caídas, comenzó a caminar más lentamente y su respiración se hizo más fuerte.

"¿Está mucho más lejos?" Charca de Hiedra llamó.

Carrasca no respondió. Al doblar la siguiente esquina, el túnel se inclinaba abruptamente hasta un viejo agujero de zorro, abandonado hace mucho tiempo, que se abría a uno de los rincones menos transitados del territorio del Clan del Trueno. No había ningún lugar para que Carrasca se escondiera dentro del túnel, por lo que tendría que arriesgarse a salir antes que los gatas y esconderse en la maleza. Corrió los últimos pasos hasta la entrada, luego se lanzó a través del pequeño claro y se abrió paso hacia un grupo de helechos. Girándose tan silenciosamente como pudo, esperó, con el corazón latiendo con fuerza, mientras las dos gatas salían cojeando detrás de ella.

Charca de Hiedra se detuvo y miró a su alrededor. "¿A dónde se fue?" ella maulló.

Flores Caídas parecía demasiado agotada para hablar. Se arrastró hacia campo abierto y se derrumbó en un parche de luz solar junto a un tronco de roble.

Muy lentamente, Carrasca se hundió más en los helechos. Se congeló cuando las orejas de Charca de Hiedra se movieron y pareció mirar directamente a Carrasca.

"¡Gracias!" Charca de Hiedra llamó.

Cualquier cosa por mis compañeros de clan, respondió Carrasca en silencio.

Carrasca no regresó a su antiguo hogar durante muchas lunas. Sabía que había herido a Hojas Caídas con sus constantes visitas para espiar la hondonada, y él se merecía más que eso de ella. Pasaron los días patrullando los túneles en busca de enemigos invisibles y acechando junto al río a que pasaran los pececillos.

Si hablaban menos de lo que había sucedido en el pasado o de lo que les esperaba en el futuro, Carrasca se decía a sí misma que era porque ahora se sentían más cómodos con el silencio, como un par de veteranos disfrutando de una vida más tranquila y más fácil. Todavía cazaba en el bosque cuando no podía soportar comerse otro pescado, pero Hojas Caídas no miraba desde la boca del túnel, ni comentó cuando regresó oliendo a sangre y plumas. Carrasca nunca volvió a intentar atraparle algo, ya que él no había tocado la media ardilla que ella le había dejado la noche en que Charca de Hiedra y Flores Caídas se perdieron. Hojas Caídas no estaba débil de hambre, por lo que obviamente prefería comer en privado. Era un recordatorio más de que él no era un gato del Clan, pero Carrasca había elegido no vivir como un guerrero, ¿No? Ella y Hojas Caídas tenían más en común que el techo de piedra sobre sus cabezas.

La estación sin hojas cedió al calor determinado de la hoja nueva, y luego la hoja verde se arrastró hacia el bosque para dejar rastros de tentadores aromas de presas y húmedos olores verdes. Carrasca comenzó a pasar más tiempo afuera, corriendo entre los árboles con sus bigotes temblando por todas las fragancias, o recostada en la pradera abierta para dejar que el sol calentara su pelaje. Los días se hicieron más calurosos hasta que anhelaba caminar junto al lago y dejar que las olas le bañaran las patas. Las laderas superiores de la cresta eran su lugar favorito para refrescarse con la suave brisa, hasta que un día se acercó demasiado a la frontera del Clan del Viento y casi choca con una patrulla. Corrió hacia la cima de la colina y se lanzó a los árboles, jadeando de miedo.

Cuando su corazón se desaceleró, regresó al túnel del bosque, manteniéndose en las sombras en caso de que algún guerrero del Clan del Viento hubiera venido en busca del extraño a su territorio. Carrasca esperaba que no acusaran al Clan del Trueno de invasión.

Habían existido suficientes problemas entre los dos Clanes desde que llegaran al lago, a pesar de que los veteranos hablaron de un momento en que Estrella de Fuego y Estrella de Bigotes habían sido buenos amigos a través de la división del Clan. Carrasca se preguntó cómo estaban lidiando los gatos del Clan del Trueno con el clima abrasador. ¿Estaban los aprendices en servicio de musgo a tiempo completo, trayendo agua del lago? ¿Zarzoso había ordenado patrullas de caza al anochecer para evitar lo peor del calor?

El túnel del bosque apareció frente a ella, pero Carrasca se detuvo. Más fuerte que el sol, ardía por saber cómo estaban sus compañeros de clan. Casi sin pensarlo, dio la vuelta a la entrada del túnel y subió la pendiente. Los árboles crecían hasta la cima de la cresta ahí y por el otro lado, proporcionando cobertura hasta la frontera del Clan del Trueno. De hecho, Carrasca casi se perdió por completo, hasta que percibió el leve aroma de una marca en el borde de un tocón de árbol cubierto de musgo. Los marcadores se secarían rápidamente al sol y debían reemplazarse más de una vez al día. Controlando su paso, se arrastró a través de los helechos hacia la hondonada.

Un leve y tentador olor a presa se dirigió hacia ella. Carrasca separó los tallos frente a ella con una pata y vio el suave contorno marrón de un conejo mordisqueando un grupo de plantas verdes. A Carrasca se le hizo agua la boca, pero sabía que no había forma de que pudiera cazar ahí. Estaba a punto de darse la vuelta y dejar ese bocadillo regordete para la próxima patrulla cuando reconoció el olor de las plantas que el conejo estaba devorando. ¡Caléndula! Preciada por curar heridas y mantener limpios los rasguños, y raro tan cerca de la hondonada. Carrasca no podía dejar que el conejo se comiera toda la cosecha. Ella dio un salto hacia adelante, siseando y mostrando los dientes. El conejo se congeló, luego se alejó corriendo, con su cola blanca moviéndose como una señal de advertencia a través de los árboles.

Carrasca luchó contra su instinto de perseguirlo y se centró en las caléndulas. Casi todas habían sido devoradas hasta las raíces. Carrasca no podía quedarse ahí y cuidarlos, y el conejo volvería para acabar con ellas tan pronto como ella se fuera. Tenía que encontrar una manera de mantener a salvo las últimas plantas.

Mirando a su alrededor, vio una hendidura profunda entre la rama y el tronco de un árbol cercano, no muy lejos del suelo para que no pudiera ser visto por un gato que pasara, pero demasiado alto para que lo alcanzara un conejo. Rápidamente cortó las flores restantes lo más cerca posible del suelo. Con la boca llena de jugosos tallos, trepó al árbol y colocó las flores en la hendidura.

Ella entrecerró los ojos, pensando. Con este sol, las plantas pronto se marchitarían. Necesitaban agua para mantenerse frescos. Carrasca saltó del árbol y se detuvo un momento para escuchar las patrullas que se acercaban, luego se dirigió a través del bosque hacia la frontera con el Clan del Viento. Allí, empapó una bola de musgo en el arroyo y la llevó con cuidado de regreso a la parcela de caléndulas. Cuando trepó por el tronco de nuevo, el agua goteó sobre su pecho y el pelaje del vientre, haciéndola jadear en estado de shock. Pero el musgo se aferró lo suficiente para llenar la hendidura con un pequeño charco, que mantendría los tallos de caléndula húmedos hasta que Hojarasca Acuática o Glayo vinieran en busca de más suministros.

Carrasca saltó al suelo, se detuvo una vez para comprobar que las caléndulas estuvieran a salvo en su escondite y corrió de regreso al túnel. Puede que ya no fuera parte del Clan del Trueno, pero si pudiera ayudarlos, lo haría.

Toda esa noche, Carrasca no pudo dormir pensando en las plantas de caléndula. ¿Las había encontrado Hojarasca Acuática? ¿Podría el Clan proteger el resto del parche del conejo? Después de dos amaneceres más ansiosos, decidió regresar y ver si las plantas habían sido tomadas de la hendidura del árbol. Corrió a lo largo del túnel del bosque, sintiéndose mareada por el nerviosismo. Más allá de la entrada, los árboles estaban tranquilos y cargados de hojas verdes, con sólo la más mínima brisa para agitar las hojas. Carrasca se mantuvo alejada de los senderos mientras se abría paso a través de los helechos hacia el lugar donde crecía la caléndula. De repente escuchó voces que se acercaban a ella, jóvenes y emocionadas.

"¡Mira esto, Zarpa de Topo!"

Carrasca se acercó al borde de los frágiles helechos y se asomó. Una pequeña gata rojiza estaba agachada con la cola en el aire.

"¡Voy a atacar ese palo!" ella declaró.

"No olvides que se supone que debes cerrar un ojo, Zarpa de Cereza", maulló el gato crema y marrón.

"Centella dijo que necesitábamos practicar todos los movimientos como si estuviéramos lesionados".

Carrasca dejó escapar un ronroneo. Recordó haber sido entrenada por Centella en movimientos especialmente diseñados para hacer frente a la pérdida de visión de un lado. Estudió la posición de Zarpa de Cereza. No le estaba yendo tan mal, aunque necesitaba cambiar su peso sobre las patas del lado de su ojo bueno para mejorar su equilibrio.

De repente, la nariz de Carrasca se movió. Un nuevo aroma se había filtrado en los helechos, por encima del de cálidos aprendices jóvenes y hojas verdes. Un aroma que hizo que el pelaje de Carrasca se erizara y sus garras se extendieran: ¡Zorro!

Antes de que pudiera dar una advertencia, una enorme forma rojiza salió de los árboles y se cernió sobre los aprendices. Carrasca se preparó para saltar, pero Centella, Salto de Raposo y Pétalo de Rosa ya se estaban lanzando desde los arbustos al otro lado del claro.

Los tres guerreros corrieron hacia el zorro con los dientes al descubierto. "¡Sal de aquí!" chilló Pétalo de Rosa.

El zorro levantó la cabeza y abrió los ojos alarmados. Golpeó a Salto de Raposo, que era el más cercano, pero el guerrero de pelaje rojizo se agachó y se acercó al zorro por detrás, rastrillando sus garras por su flanco. Centella se arrojó sobre la oreja del zorro y se quedó allí con los dientes apretados rápidamente.

Pétalo de Rosa agitó sus patas en su nariz, sacando gotas de sangre escarlata volando sobre la hierba. El zorro luchó brevemente, luego se dio la vuelta, arrojó a Centella a los helechos y corrió hacia los árboles.

Los guerreros corrieron tras él, todavía aullando.

Carrasca se quedó donde estaba, sin apenas atreverse a respirar. Los helechos habían sido aplastados en la pelea y apenas quedaba lo suficiente en pie para mantenerla oculta. Durante la pelea, Zarpa de Cereza y Zarpa de Topo habían huido al refugio de un matorral de zarzas en el lado más alejado del claro. Carrasca podía verlos en las sombras, agachados en un grupo de tres colores. Al menos estaban a salvo. Tenía que salir de ahí antes de que los guerreros regresaran y recogieran su olor encima del zorro.

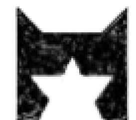
Justo cuando se dio la vuelta para irse, los helechos traquetearon y el zorro saltó al claro. La saliva se derramó de sus mandíbulas y sus ojos amarillos brillaron con furia y determinación. Carrasca lo miró consternado. ¡Debe haber retrocedido y perdido a sus perseguidores! El zorro bajó la cabeza y olisqueó el parche de hierba donde los aprendices habían estado entrenando. Luego miró hacia la espesura de zarzas y aplanó las orejas. Hubo un pequeño chirrido de las espinas, cortado abruptamente como si Zarpa de Cereza hubiera gemido y Zarpa de Topo le hubiera metido la zarpa en la boca.

Carrasca juntó sus ancas debajo de ella y saltó fuera de su escondite. "¡Aléjate de esos cachorros!" ella siseó. "¡O tendrás que lidiar conmigo!" Se irguió sobre sus patas traseras y rastrilló sus garras por el hocico salpicado de sangre del zorro.

El zorro la miró y frunció el labio para revelar dientes afilados y manchados. Carrasca se mantuvo firme. "¡Sal de aquí!" siseó, sintiendo la furia de todo un Clan de reinas listas para defender sus cachorros.

A lo lejos, podía oír a los guerreros regresar, trotando a través de los árboles con gritos de alarma. El zorro se agachó a un lado, luego se volvió y huyó. Carrasca lo siguió, el alivio hizo que sus oídos zumbaran. Se sumergió en la maleza y siguió corriendo, aplanando una oreja hacia atrás en busca de señales de persecución.

Pero los guerreros se habían quedado con Zarpa de Cereza y Zarpa de Topo y no volvieron a perseguir al zorro. Por un momento Carrasca se preguntó cuánto habrían visto Zarpa de Cereza y Zarpa de Topo debajo de la espesura; ¿Le dirían a sus compañeros de clan sobre el gato desconocido que había perseguido al zorro? Carrasca sabía que había corrido un gran riesgo, pero no había tenido otra opción. Ella había salvado la vida de esos cachorros, y eso era todo lo que importaba.

Capítulo 10

Carrasca dejó de intentar dormir y se arrastró fuera de las plumas dobladas. No recordaba la última vez que sus ojos permanecieron cerrados toda la noche. Cuando se había quedado dormida antes, soñó que estaba de vuelta en la hondonada, defendiendo a sus compañeros de clan de los zorros, ayudándolos a recolectar hierbas, viendo a los cachorros jugar bajo el sol. Sólo tomó unos momentos antes de que se despertara en la solitaria oscuridad, con un dolor agudo en su interior que los recuerdos nunca aliviarían.

Caminó por el túnel hasta la cueva del río con una extraña sensación de calma. Hojas Caídas estaba sentado en su lugar habitual junto al agua. Carrasca se sentó junto a él y esperó hasta que él la miró a los ojos.

"Lo siento", comenzó. “Nunca olvidaré cómo me salvaste la vida y me diste un lugar donde quedarme cuando pensé que lo había perdido todo. Has sido un verdadero amigo y siempre estaré agradecido por eso. Pero yo no pertenezco aquí".

"Lo sé", maulló Hojas Caídas. “Siempre esperé que te quedaras. Yo... nunca tuve a alguien con quien compartir mi hogar antes. Pero tu Clan te necesita más que yo. Debes darte cuenta de eso a estas alturas".

Carrasca asintió, mirando sus patas. “Y yo los necesito. ¡Pero no sé cómo volver! ¡Han pasado tantas cosas!"

"Cuando llegue el momento, lo sabrás", susurró Hojas Caídas, y cuando Carrasca levantó la cabeza, él había desaparecido y ella estaba sola junto al agua ondulante.

Pasó una luna. Carrasca estaba aún más inquieta que de costumbre, arrastrándose en el territorio del Clan del Trueno todos los días antes del amanecer, pero siempre evitando presentarse en la hondonada. No podía imaginar lo que dirían o cómo reaccionarían los gatos. En la noche de luna llena, subió la cresta y miró hacia la isla en el lago, imaginando a los cuatro Clanes reunidos allí. ¿Se acordaron siquiera de ella? De repente llena de dudas, Carrasca regresó a los túneles y se acurrucó en su lecho, sólo para soñar que estaba en una Asamblea rodeada de gatos burlones y desdeñosos que querían saber por qué un solitario pedía unirse a los Clanes. Carrasca se despertó sobresaltada, temblando. Ella todavía era guerrera, ¿No?

Después de eso, se quedó dentro de los túneles durante varios días, comiendo pescado y patrullando interminables pasajes de piedra hasta que sus patas estaban tan ásperas como la corteza de un árbol. Hojas Caídas le había dicho que sabría cuándo era el momento de regresar. Esperaba que él tuviera razón y que la oportunidad no la hubiera pasado ya.

Estaba terminando una comida tardía de pececillos cuando oyó unos suaves pasos detrás de ella y se volvió para ver a Hojas Caidas entrando en la cueva del río. Carrasca no lo había visto por un tiempo, y saltó con emoción. "¡Oye! ¿Dónde has estado?"

Hojas Caídas levantó la cola para silenciarla. “Hay gatos en los túneles. Algo malo está pasando". Dio media vuelta y se dirigió al túnel que conducía finalmente al páramo. Carrasca lo siguió, corriendo para mantenerse cerca. Apenas habían abandonado la tenue luz de la cueva del río cuando escuchó voces que resonaban en la oscuridad. Esta vez no eran los gatos del Clan del Trueno, sino del Clan del Viento, y otra voz que ella reconoció, un gato que hablaba más fuerte que los demás en un profundo estruendo que sonaba como un trueno al rebotar en la piedra. *¡Solo!* En un instante, Carrasca recordó al gato blanco y tricolor que había causado tantos problemas antes, prediciendo la desaparición del sol y tratando de persuadir a Blackstar para que le diera la espalda a sus ancestros guerreros. *¿Qué está haciendo de vuelta aquí?*

Frente a ella, Hojas Caídas se detuvo. La conversación viajó claramente a lo largo del túnel.

"¡Esta es su oportunidad para tener verdadera gloria!" Solo estaba diciendo. “¡Estrella de Bigotes puede querer la paz, pero eso es un signo de debilidad! ¡Ataquen al Clan del Trueno a través de los túneles y la victoria será fácil sobre esos idiotas masca-ratones!"

"¡Solo tiene razón!" llamó a otro gato; Carrasca estaba segura de que era Cárabo. “Hemos escuchado a Estrella de Bigotes durante demasiado tiempo. ¡Debería dejarnos luchar ahora, y hacer para lo que hemos entrenado y enseñar a esos gatos del Clan del Trueno que somos más fuertes de lo que piensan!"

Hubo un coro de aullidos de acuerdo. El pelo de Carrasca se puso de punta. ¡Sus compañeros de clan iban a ser atacados! ¡No podía dejar que esto sucediera! Junto a ella, Hojas Caídas se puso rígido. "Hay otros gatos aquí", susurró en el oído de Carrasca.

Con mucho cuidado, se volvió y olfateó el aire. Dos gatos del Clan del Trueno estaban parados en un túnel lateral, a la vuelta de la esquina. Carrasca inhaló de nuevo hasta que pudo identificar los aromas: Charca de Hiedra y su hermana, Ala de Tórtola. Ella comenzó a caminar hacia ellos, luego se detuvo cuando hubo un silbido de los gatos del Clan del Viento.

"¿Alguien escuchó un ruido?" gruñó un guerrero.

Hojas Caídas acercó su boca a la oreja de Carrasca. “Tienes que sacarlas de aquí. Todo tu Clan te necesita ahora. Si el Clan del Viento va a atacar a través de los túneles, tú eres la única que puede ayudarlos".

Carrasca miró a su amiga. "Es hora, ¿No?" ella maulló suavemente.

Hojas Caídas asintió. "Ve con bien", murmuró. "Nunca te olvidaré, Carrasca".

En ese momento, hubo un crujido en el túnel lateral, nada más que un guijarro deslizándose debajo de una pata, pero resonó y amplificado por las paredes de piedra hasta que sonó tan fuerte como un trueno.

"¿Qué fue eso?" Cárabo gruñó. "¿Algún gato nos está escuchando a escondidas?"

Carrasca comenzó a arrastrarse hacia las sombras más espesas donde se escondían sus compañeros de clan.

"¡Sácanos de aquí!" escuchó susurrar a Charca de Hiedra.

"Seguí las voces para llegar aquí", respondió Ala de Tórtola. "No estoy segura de cómo salir".

Detrás de ella, Carrasca escuchó a los gatos del Clan del Viento moverse. Parecía que más de uno venía a investigar.

Charca de Hiedra también los había oído. "¡Vienen a buscarnos! Tenemos que irnos."

No hubo tiempo para sacar a esas gatas en la seguridad de las sombras. Carrasca tendría que mostrarse ante ellas, hacerles saber que era una gata en la que se podía confiar. Ella respiró hondo.

Todas las lunas de esconderse, tratando de olvidar que alguna vez había pertenecido a un Clan, parecieron desvanecerse en un solo segundo. La sangre de una guerrera corría por sus venas. Nada era más importante que la lealtad a su Clan.

Entró en el túnel lateral y sintió un cosquilleo en el aire cuando Ala de Tórtola y Charca de Hiedra se tensaron, listos para defenderse.

"Vengan conmigo", le ordenó a la oscuridad. "¡Rápido!"

"¡De ninguna manera!" Charca de Hiedra siseó. "Podrías estar con ellos".

"No lo estoy", maulló Carrasca, tratando de mantener la voz calmada.

"Demuéstralo", desafió Ala de Tórtola.

"No debería tener que hacerlo", espetó Carrasca. ¿No reconocieron esas gatas el olor del Clan del Trueno cuando estaba frente a ellos? "Por el bien del Clan Estelar, vamos".

Con el más leve destello de luz de las estrellas que se filtraba desde la cueva del río, Carrasca vio que los ojos de Charca de Hiedra se abrían ampliamente mientras intercambiaba una mirada con su hermana. "¿El Clan Estelar?" Repitió Charca de Hiedra. "Entonces tú…"

"¿Quieren salir de aquí o no?" Carrasca interrumpió.

"Sí, queremos", respondió Charca de Hiedra. "¿Pero cómo sabemos que no nos llevarás más lejos?"

Carrasca dejó escapar un siseo de frustración. ¿No podrían haber esperado esas preguntas? Y, sin embargo, tal vez no era sorprendente que esas gatas jóvenes no tuvieran idea de quién era ella. Iba a ser una extraña para muchos de sus compañeros de clan después de estar fuera durante tanto tiempo.

"Porque soy una gata del Clan del Trueno como tú", maulló alzando la voz sobre los latidos de su corazón. "Mi nombre es Carrasca."